

RICARDO GIL

OBRAS COMPLETAS

EL ÚLTIMO LIBRO

III

MURCIA
1931

lit. 36043.

DMU

4028

J. Crisanto López Jiménez



ES PROPIEDAD

NARRACIONES

REQUIESCAT

¿Me lo contaron? ¿Lo soñé? ¿Lo he visto?....
Entonaban un himno de alegría
las sonoras campanas. Era un día
del mes de Abril. Resucitaba Cristo.

Rozando la muralla el caminante,
se arrastraba en su báculo apoyado;
torpe el andar, el pecho jadeante;
su cuerpo por los años encorvado
mal cubría un ropón hecho girones,
y su frente una toca ya mugrienta;
la barba y los cabellos confundidos
colgaban en larguísimos mechones
de una blancura sucia amarillenta;

y eran huesos sin carne, revestidos
tan sólo de piel dura,
los que, movida por la marcha lenta,
dejaba ver la rota vestidura.
Todo era en él caduco y miserable;
pero de su mirada el centelleo
daba a su rostro de perfil hebreo
una expresión de vida inagotable.

Traspuso luego, uniéndose a la gente
que por allí ruidosa transitaba,
la puerta de Ephraim, y de repente
exclamó entre suspiros: — ¡Todo acaba!...
¡Cuán mudada te encuentro! ¡Ya no existes,
Jerusalén, para mis ojos tristes,
que en vano a tí dirijo!...
¡Ay! ¡La ciudad que abandoné no es ésta!
¡Inútilmente su recuerdo evoco!...
— ¿Tanto tiempo faltáis? — alguien le dijo.
— ¡Veinte siglos!... — Oyendo tal respuesta,
murmuró el transeunte: ¡Pobre loco!

Reanudando la marcha fatigosa
y hablando bajo, en tono lastimero,
internóse el viajero
por una calle estrecha y tortuosa.
Mas súbito, con gesto demudado
por la sorpresa, prorrumpió en un grito...
¡Ante él resucitaba su pasado!
¡Era la misma calle, tan sombría

cual entonces, en la hora del delito!
¡Y todo en ella le acusaba... todo!...
Dijérase que aún enrojecía
sangriento rastro el lodo...
Y allí, de la calleja en un recodo,
su morada... ¡La misma que un instante
contempló la mirada suplicante
del Mártir!... ¿Cómo pudo
el descanso negarle y con nefanda
risa y acento rudo
decirle sólo entre blasfemias: «Anda»?...

Con los brazos tendidos el anciano
hacia ella dirigióse febrilmente
acarició los muros con su mano...
Horrible tempestad rugió en su mente,
y al peso de un dolor nunca sentido,
como por rayo inmaterial herido,
sin fuerzas ya, se desplomó de hinojos.
La piedra del dintel rozó su frente,
por el sudor de la agonía yerta,
y humedeció una lágrima sus ojos.

Rechinaron los goznes de la puerta.
En ella, iluminada por sereno
resplandor, destacóse la figura
del Mártir Nazareno.
—¡Has llorado!—le dijo con ternura;
y aquella voz suavísima, que amansa

toda tormenta y toda desventura,
—Ashavero, —añadió, —ven y descansa.

El viejo moribundo sonreía.
Aun brillaba en sus párpados, ya fría,
lágrima redentora:
y las campanas con su voz sonora
entonaban un himno de alegría.

II

DIVINA FUERZA

Pericles, el soberbio provocador de Esparta,
consigo mismo débil, adulator de Atenas,
mandó erigir un templo y a Fidias dijo: «En marmol
diviniza la Fuerza»,

Ya erguían las columnas sus fustes, y aun ocioso
sentando ante la piedra meditaba el maestro,
buscando en las regiones que sólo el genio habita
un dios para aquel templo.

Y no le hallaba. Ciencia, Virtud, Amor, es facil
que el barro divinicen... Minerva... Venus... Juno...
mas ¿cómo ennoblecerlo copiando el inconsciente
poderío del bruto?

La lentitud del hierro contorneando el bloque,
la mano perezosa, la frente ensombrecida
y el reposar frecuente, bien claro demostraban
la indecisión de Fidias.

Por fin surgió la forma, y en Hércules la Fuerza
con explosión de vida cantó triunfante un himno:
un himno en que vibraban las estridentes notas
del trueno y del rugido.

De pie, desquebrajando su enorme pesadumbre
las peñas, extendía los brazos vencedores,
no en ademán de gracias, y si de temerario
desafío a los dioses.

El poderoso aliento que inflama los volcanes,
que el mar ensoberbece, que trunca el alto cedro,
a sus espesos labios subía de la fragua
del estallante pecho.

Su piel atirantaban los músculos salientes:
entre nudosos nervios las venas discurrían
pletóricas de sangre: su cuello era de toro:
su crin era leonina.

Mas en espacio estrecho la carne amontonada
caía sobre el arco de las rizosas cejas,
y era su frente ruda palenque del instinto,
no cielo de la Idea.

Y Fidias quedó triste: y al ver su desaliento,
en vano los discípulos su genio pregonaban,
en vano le decían, la estatua señalando:

—«¿Maestro, qué le falta?...»

¿Quizá a sus pies rendido falta el dragón de Lerna?
¿El águila insaciable?... ¿Quizá el león Nemeo?...
Mas él con la mirada perdida en el espacio
respondía: «No es eso».

De su taller por siempre mandó que la apartasen,
y en un rincón lejano de su jardín dispuso
quedase abandonada, su templo fué una gruta,
el olvido su culto.

Pasó tiempo, y un día, de las primeras rosas
gozando la belleza, por el jardín vagaba
el soñador artista, cuando encontró a su paso
la gruta solitaria.

Al penetrar en ella paralizó el asombro
su faz, y de los labios dejó escapar un grito.
Al pie de la escultura, sus ojos en la peña
descubrieron un nido.

¡Cuán frágil era! Pajas, tallos de flores, juncos
la deleznable urdimbre formaron, y en su seno
la vida despertaba con un rumor alegre
de pios y aleteos.

La vida que comienza, lo débil que se arrastra
la mano del coloso buscando entre las sombras...
Al contemplar la piedra labrada por su genio,
desconoció su obra.

Como por misteriosa claridad que brotase
del apacible nido, la vió transfigurada.
¡Revelación sublime! ¡No era el león Nemeo
lo que a sus pies faltaba!

Los vigorosos brazos que amenazaban antes,
en actitud solemne de protección tendía
la colosal estatua sobre la endeble cuna
por el amor tejida.

Y era su gesto noble: dijérase que hablaba
con los humildes seres a quien prestó su amparo
«¡Nada temáis! ¡Mi diestra domar puede los vientos
y detener el rayo!...»

Su frente dobló Fidias; y respetando el nido,
su estilo estas palabras trazó en la blanca piedra:
«Amor, tú sólo grande;
que sólo a tí fué dado divinizar la Fuerza!».

III

SOBERBIA

(DEDICADA A SALVADOR RUEDA)

Para ser en la Meca proclamado,
el soberbio Abdallá cruza el desierto;
de relucientes joyas va cubierto
y de lucida escolta rodeado.
Pero Abdallá de todos es odiado.

Tal es de su ambición la destemplanza,
sus frases tanto su altivez pregonan,
que una noche, propicia a la venganza,
mientras él duerme, todos le abandonan.
Viendo alejarse al revoltoso bando,
él, no de miedo, de furor temblando,
dice: «¡Adelante, me guiará mi estrella!...»
y a la desierta inmensidad se lanza.

No va sólo Abdallá: sobre la huella
de su camello, a pie desnudo avanza
un esclavo leal que no le vende;
su señor, sin mirarle, ve su sombra,
que en el vasto arenal el sol extiende.
Una y otra jornada van perdidos,
y crece ante sus ojos la llanura,
sembrada como inmensa sepultura
de huesos en desorden esparcidos;
su rumbo tuercen espejismos vanos;
en el rojizo polvo reverbera
una luz que los ciega y enardece,
y en el triste horizonte no aparece
jamás el verde airón de una palmera.

No desmaya Abdallá; pero devora
sus entrañas la sed abrasadora
y a veces para colmo de martirio,
se finge, de la fiebre en el delirio,
que bajo espesos árboles camina
refrescando la brisa su semblante,
y oye la voz del pájaro que trina,
y entre los juncos mira, no distante,
cabrillar el agua cristalina.

Sin fuerzas ya, el camello tembloroso
se desploma en la arena calcinada.
Abdallá, silencioso,
en él como en un trono recostado,
busca al siervo leal con la mirada.

También ha huído el siervo...

Ilimitado

el árido desierto le rodea...

y el sol, mientras aviva su tormento,
en bordados y alhajas centellea.

El tiempo, sin piedad, transcurre lento.
Siglos las horas son para el sediento...
Mas una sombra surge de repente
en el llano sin fin... Es el ausente
que regresa. Abdallá lo ve y aun duda.
Es él; trazando va rastro sangriento
con su planta desnuda,
y muere de cansancio, y aún su aliento
corta la marcha presurosa y ruda.
En su tosco lenguaje
refiere a su señor largo viaje
por la abrasada arena,
mientras le ofrece, de placer convulso,
la copa de oro hasta los bordes llena.

De la sed refrenando el ciego impulso,
Abdallá, y desoyendo sus sencillas
palabras, lo rechaza.

«¡Esclavo! — dice en tono de amenaza —
¿cómo no me la sirves de rodillas?»

Mayo de 1902.

IV

ENVIDIA

El alarife Hasán (Dios le maldiga,
porque nombra a la envidia quien le nombra)
a Omar odiaba con mayor vehemencia
que se amaba a sí mismo: era su sombra.
La envidia muerde el seno que la abriga,
como el áspid, y acorta la existencia:
Hasán, aún mozo, parecía viejo.
Omar era gallardo, y la conciencia
su faz ennobleció con su reflejo.

Era cuando Alhamar (¡gloria a su nombre!),
aquel alcázar elevó esplendente,
destinado a los genios más que al hombre,
y misteriosa suerte en su recinto

unió a los dos obreros fatalmente;
¡mas el trabajo de ambos, cuán distinto...!
Hasán la piedra desbastaba a mazo
confundido entre mil, faena tosca
que dió fuerza de cíclope a su brazo.
Siempre al soslayo la mirada fosca,
pensaba: «Si este bloque inerte y duro
fuese su corazón...» y con seguro
martillar, la piedra deshacía,
De siete siglos resistió al ultraje
la obra de Omar, y asombra todavía;
no las hadas, él era quien tejía
con luminosas hebras el encaje
de la Alhambra en los muros suspendido;
él trazaba esas líneas que hábilmente
serpeando se quiebran de repente
para bordar el tema repetido
con graciosa insistencia:
pájaro, estrella, flor, grave sentencia;
después, armonizando los fulgores
que ciegan en el cielo y en la llama
con los del oro, vida deslumbrante
sabía dar a las vistosas flores,
a la curva ondulante,
al signo, al monstruo y a la esbelta rama.
Con su presencia el rey, cuenta la fama,
le honraba enalteciendo sus primores.

Hasán el envidioso
vió en sueños al diablo, y de esta suerte

le rogó: — «No le mates, que la muerte
ser pudiera el reposo;
quiero que sufra lo que yo he sufrido...»
Entonces Satanás le habló al oído.
Huyendo de la luz abrasadora
que enerva los sentidos, una siesta
Omar, con inocencia imprevisora,
de la Alhambra internóse en la floresta;
la verde umbría de los robles altos
buscó, donde el arroyo se desmanda
en bulliciosos saltos,
donde la hierba en flor es fresca y blanda:
allí dejó caer sus miembros flojos
como en mullido lecho;
los brazos extendió, cerró los ojos...
Oyóse rastrear fiera en acecho,
que al fin saltó del matorral cercano;
silbó el aire, y brilló tajante filo
de un hacha, que al caer con golpe rudo,
no hirió de Omar el corazón tranquilo,
pero segó a cercén su diestra mano.
Con el alma a los ojos asomada.
causaba horror Hasán; inmóvil, mudo,
de huir no se acordó, por la delicia
que sentía al correr la sangre odiada.
Al divulgarse la fatal noticia,
con el Arte lloró toda Granada.

Pero el día llegó de la Justicia;
en torno de la puerta así llamada

por añeja costumbre,
se agolpó la impaciente muchedumbre.
A sus frases de cólera y de insulto,
Hasán permanecía indiferente;
pero cuando el versículo divino
oyó, que dice así: *diente por diente*,
con júbilo en el rostro mal oculto
pensó el infame: «Pues trunqué el destino
de quella mano para mí funesta,
perder la mía inútil poco importa...»
Y con la mano sobre el tajo puesta
dijo al verdugo sonriendo: «Corta».

Mas el silencio fúnebre rompiendo
una voz exclamó: «¡Yo le perdono...!»
Tornó a brotar el clamoroso estruendo,
y Omar apareció, descolorida
la frente aún y vacilante el paso.
En inspirado tono
habló a la muchedumbre sorprendida:
«Nuestra ley me autoriza... ¿Existe acaso
para el alma envidiosa otro castigo
mayor que la nobleza en su enemigo...?»
Al peso del perdón su frente doble,
y el grito al fin de su conciencia vibre...»
Y mirando al traidor dijo: «Estás libre».

.
Aquella noche, Hasán se ahorcó de un roble.

JUDIT

Al angosto café de ahumado techo,
próximo al circo, a descansar venía
el domador, de aplausos satisfecho,
fusta en mano y ciñendo todavía
su azul ropilla y su calzón de punto:
a un camarada comentar oía
todas las noches la última proeza;
pero sólo con signos de cabeza
solía contestarle cejijunto,
porque tenía triste la cerveza.
Era ya tarde; en el café vacío
cercenaban la luz; de los espejos
las tersas lunas empañaba el frío,
y a intervalos llegaba desde lejos

un quejido de fieras enjauladas.
Con un fuego en la voz y en las miradas
no acostumbrado, el domador sombrío
interrumpió al amigo: «Si la quieres,
la víctima has de ser, o rompe el lazo.
Conozco mucho a fieras y a mujeres.
¿Por qué lo digo...? ¿Y tú me lo preguntas?
Las dos en mi barraca entraron juntas:
mi pantera Judit recién nacida,
durmiendo sin temor sobre mi hombro,
y apoyada en mi brazo
aquélla..., la mujer que nunca nombro.
Creí que en mi vivienda ensombrecida
por fin entraba el sol; pronto se puso...
Pero no quiero hablar...» Hizo una pausa,
bebió despacio, y prosiguió en seguida:
«¡Gallarda fiera! Ignoro por qué causa
rebelóse de pronto: vi confuso
crecer con mis halagos su despego,
y de cólera ciego
domarla quise... Aún llevo mal cerrada
de sus zarpazos la profunda huella.
Vencido fuí en lucha encarnizada...»
—Por la pantera?— dijo el camarada;
y el otro: —No; por la mujer aquélla.
La pobreza, pensé, tal vez la aflige;
y por ver en su pecho un nuevo dije,
la vida expuse loco. Mientras tanto,
creciendo en hermosura y mansedumbre,
mi pantera Judit era mi encanto:

en la jaula dormía por costumbre,
y al abrirla yo, ¡con que delicia
restregaba en mis ropas su cabeza!
Roncando alegre, a la menor caricia
marchaba en pos de mí con gentileza,
y ante las otras fieras, a mi lado,
con las fauces crispadas, enarcado
el pardo lomo, el resoplar frecuente,
la zarpa en alto y la pupila ardiente,
causaba miedo. En horas de amargura,
lamiéndome las manos, me decía
con su mirada fija y lastimera:
«Ya lo ves; no estás sólo en tu agonía;
yo te amo de verdad, a mi manera».
De aquellas horas en la más oscura
quise morir; las fieras aquel día
irrité con el hambre y la tortura
de los garfios al fuego enrojecidos...
El circo estaba lleno; en forma vaga
recuerdo luces, música, rugidos...
luego un aplauso que el terror apaga,
gritos aislados, confusión. estruendo.
Al recobrar la fuerza y los sentidos,
supe que mi Judit, también herida,
sobre mi cuerpo exánime tendida
y a las hambrientas fieras conteniendo,
aquella noche me salvó la vida.
Curé; mas no del alma. Negra suerte
confirmando sospecha dolorosa,
nuestra sentencia pronunció de muerte;

y otra noche... parece que aún la veo
dormir tranquila, como nunca hermosa,
entreabriendo sonrisa indescifrable
aquellos labios al amor perjuros.
Vacilé... de morir triunfó el deseo.
En silencio, con mano cautelosa,
para no despertar a la culpable,
prendí fuego a las tablas de los muros,
y tendido a sus pies cerré los ojos.
Envuelta en humo y resplandores rojos
pronto la vi, la faz desencajada,
de terror erizado su cabello.
«¡Sálvame!» dijo, y se abrazó a mi cuello.
Ante aquella mirada,
el valor me faltó para el castigo.
¿Quién me disculpará? Sólo quien ame.
¿Y la pantera?, preguntó el amigo.
Y dijo el otro: —Pereció abrasada
mientras salvé a la infame.
El domador la ensombrecida frente
en la mano apoyó con abandono,
y sintió que sus ojos de repente
se humedecían por la vez primera.
Después, hablaron con pausado tono:
—¿Piensas en la mujer...?
—No; en la pantera.

VI

LA MANTA

Aunque tostara el sol en el verano
su piel, por el trabajo endurecida,
no dejaba su manta el pobre anciano:
aquella manta sin color, raída,
en las veladas del hogar tejida.
Heló su sangre la vejez, y luego
de los seres amados el desvío
heló también el alma del labriego;
y mitigar no logran ese frío
el sol en Julio ni en Diciembre el fuego.
Para luchar con él, falta de brío.
se embozaba en la manta vieja y rota.
¡Quién sabe! Acaso conservó en su trama
calor de alegre llama

que en el hogar ajeno nunca brota.
De un hijo, ya casado, en compañía
moraba y de un rapaz, un netezuelo,
mas lo quiso el infierno, y de aquel hijo
trocó el amor en sequedad impía...

El infeliz abuelo,

en la ahumada cocina del cortijo
era un estorbo ya; bien lo sabía.

En su infame abandono,

decía con dolor, mas sin encono:

—Él es débil; es *ella* la culpable;
ella, que sin entrañas ni conciencia
su cariño me roba miserable.

Como el hijo era humilde jornalero,
faltaba de su hogar desde la aurora
hasta el momento en que la luz acaba;
y el viejo, sin hablar, el día entero
en un rincón pasaba,

viendo a aquella mujer hora tras hora.

La mayor de sus penas

era escuchar su acento rencoroso
cuando al ir y venir en sus faenas
le censuraba por vivir ocioso...

Y el pobre sér inútil, que el trabajo
tanto amó, la escuchaba silencioso.

Al verlo entristecido y cabizbajo,
¡qué de reproches por su genio adusto!...

Si alguna vez con ansia de cariño
mezcla en su regazo al pequeñuelo,
la madre, sin razón, alma de hielo,

de entre los brazos le arrebató el niño.
Hasta en la mesa, con desdén injusto,
por su senil torpeza molestados,
amargaban su pan, y parecía
que contaban sus míseros bocados.

.
Era una noche del invierno, fría
y serena a la vez; una de aquéllas
en que copian los troncos escarchados
el claro chispear de las estrellas.
Los tres se hallaban al hogar sentados;
él, sumido en sus negras reflexiones;
ellos, lanzando su clamor eterno,
preñado de punzantes alusiones.
Dijo el marido:— ¡Largo es el invierno;
quizás falte trabajo!... Ella insinuante:
— ¡Trabajo faltará, pero no cargas!...
Para el anciano frases tan amargas
fueron gotas que el vaso rebosante
verterse hicieron... Levantóse erguido
como león que al golpe se despierta,
y con voz por la cólera vibrante,
— Yo os libro de una carga en el instante,
exclamó, dirigiéndose a la puerta.
Detenerle intentaron...; pero el viejo,
— Es inútil, me alejo
para siempre, — añadió, de muerte herido.
La puerta abrió después: ráfaga helada
por ella penetró, y a la mirada
surgió la noche en toda su negrura...

Al suelo arrojó entonces con nobleza
la manta, que era toda su riqueza,
y así dijo al ingrato, entristecido.
trocada ya su cólera en ternura:
— Esa manta recoge;
¡ella te abrigará la noche oscura
en que tu hijo de su hogar te arroje!...

VII

ALMA VIUDA

Esquivando el roce de la muchedumbre
internarme suelo por calleja angosta
que hacia las afueras va culebreando,
siempre solitaria, siempre silenciosa.

¡Qué paz se respira en aquel recodo
junto a aquella tapia denegrida, vieja,
por la que rebosan del jardín las ramas,
de la que suspende su festón la yedra!

Como a los sepulcros la ciudad envía
sus rumores, llegan también a aquel sitio
el amortiguado rodar de los coches,
la canción lejana de algún organillo.

Era en mí costumbre refrenar el paso
al rozar el muro y hundir la mirada
por la celosía que en escaso hueco
tejieron los tallos de una pasionaria.

Tras de los cristales del invernadero
que ya comenzaban a empañar las nieblas,
todas las mañanas se me aparecía
en igual postura la mujer aquella.

Me ocultaba el rostro, que inclinaba siempre
hacia humilde planta de sequizas hojas.
Sólo distinguía sus cabellos blancos
y su traje oscuro de anticuada forma.

Al pasar y verla, casi con cariño
decía: — Es la anciana, que cuida sus flores. —
Cierta vez el rostro volvió de repente
al oír mis pasos. Era hermosa y joven.

Era hermosa y joven; pero su mirada
clavada en lo alto con tenaz fijeza
como si durmiera sin cerrar los ojos.
Quien la conocía me dijo: — «Está ciega». —

Escuché su historia. Sin luz y sin madre,
del jardín oculto creció en el silencio,
junto al padre anciano, casi siempre triste,
que sólo la hablaba de pasados tiempos.

Enterrada en vida, como a veces llegan
hasta los sepulcros rumores lejanos,
traducir creyendo rumores del mundo
habitaba en otro por ella soñado.

Al sonar su hora, de una voz al eco
sintió en las tinieblas el roce de un alma,
y sufrió pensando que quizás no fuera
lo bastante hermosa para ser amada.

Mas desvanecidos pueriles temores,
amó, pobre ciega del alma y del cuerpo,
confundiendo cosas que son de la tierra
con otras más puras que se ven en sueños.

El era extranjero y el deber le hacía
emprender a veces penosos viajes.
De remoto clima la trajo una planta
que daba unas flores de color de sangre.

Y ella la cuidaba, y era su consuelo
en tristes ausencias respirar su aroma.
En una muy larga cesó de escribirla,
y ella sintió miedo... Conocida historia.

Comenzó el martirio; los recelos vagos.
las noches de insomnio, la creciente angustia,
el mortal cansancio de contar las horas,
la carta esperada que no viene nunca.

Y por fin el grito del dolor que estalla:
«¡Jamás el olvido... la muerte primero!...»
Un día su padre la abrazó lloroso,
la besó en la frente y la dijo: «—Ha muerto».

Y mintió el anciano; más ¿cómo decirlo:
«Te engañó el infame, te olvidó por otra?»...
En suprema crisis de locura y fiebre
salvó una existencia mentira piadosa.

Al dejar el lecho la desventurada
sus cabellos eran de color de nieve.
Hoy en el silencio del jardín oculto,
fiel a su palabra, piensa en el ausente.

Su pena es tranquila: sabe que en el cielo
encontrarse logran las almas gemelas,
las que no faltaron a la fe jurada,
y ella, como ignora su desgracia, espera.

Tras de los cristales del invernadero
la contemplo al paso todas las mañanas
en igual postura, sola, pensativa,
siempre acariciando la marchita planta,

Sus ojos de ciega, con tenaz empeño
clavando en la altura y esperando siempre...
Pero tú, Dios mío, tú harás bondadoso
que allí no se encuentren...

VIII

CENIZAS

El blasonado *stor* de la ventana
descorre una doncella:
no brilla el sol; empaña los cristales
deshaciéndose en lágrimas la niebla.

En la pared del calendario dice:
Miércoles de Ceniza.
La marquesa madruga; durmió poco,
y se levanta triste como el día.

Del baile regresó malhumorada,
fruncido el entrecejo.
Al despertar, ordena que la vistan
el más sencillo de sus trajes negros.

Aunque la chimenea resplandece,
y en cebelinas mantas
se ha envuelto la marquesa, siente frío,
mucho frío en el cuerpo y en el alma.

El maqueado secreter abriendo,
escribe muy despacio
en un papel sin cifras: *Carlos mío...*
Borra el *mío* después y deja *Carlos*.

Sobre su pecho la cabeza inclina,
y abandona la pluma...
Piensa cosas muy tristes... Que ya nadie
dice al verla: «Tan joven, y viuda...»

Que en torno de sus párpados asoman
denunciadores pliegues...
Que su cabello, de áureos tornasoles,
a blanquear comienza por las sienes.

Al espejo mirada suplicante
dirige con recelo...
Cierra al punto los ojos angustiada
y contempla el pasado en otro espejo:

Es la vejez que acelerada llega,
la noche sin aurora...
y hay que apagar la luz que prometía
desvanecer esas profundas sombras...

Él lo quiere... No oculta su desvío,
y el amor a los golpes
del olvido agoniza lentamente...
pero ella le dará muerte más noble.

Y llena un pliego con nerviosa mano
por la emoción convulsa,
procurando hacer letra clara y firme
al escribir esta palabra: *nunca*.

De un secreto cajón tomando luego
unas cartas, las besa;
al desatarlas, de ellas se desprenden
pétalos sin color de flores muertas.

En un jarrón de bronce las reune;
las prende fuego, y mira
en azuladas espirales de humo
su postrer esperanza convertida.

Mientras el humo se disipa, rezan
en voz baja sus labios.

Recoge las cenizas cuidadosa
y las guarda en precioso relicario.

Con amplio velo de tupido encaje
su palidez esconde,
y se dirige al oratorio. Al verla,
da comienzo a la misa el sacerdote.

Y cuando aquél la ofrece la ceniza.
rechazando la artística bandeja
y abriendo el relicario, ella le dice:
«Padre mío, con ésta».

IX

REVELACIÓN

En la solemne fiesta de aquel día,
primera comunión de colegialas,
la capilla lució todas sus galas
y el sol de Mayo toda su alegría.
Del órgano las últimas escalas,
un acorde buscando de reposo,
anunciaban el fin: y las señoras
con un bullir de abejas zumbadoras
invadieron la vasta sacristía.
En ella el aleteo rumoroso
de abanicos, las risas placenteras,
los cuchicheos, el crujir del raso,
los saludos al paso
y el chocar de rosarios y pulseras

fueron creando femenino ambiente:
la vieja sacristía, de repente,
perdió su aspecto monacal y serio.
Entreabriendo las madres con misterio
el tapiz, contemplaban afanosas
el bando de nevadas mariposas
posado en el florido presbiterio;
y después — disculpable irreverencia —
comentando tardanza inoportuna,
en palabras y gestos su impaciencia
todas mostraban...

Todas, menos una.

En un rincón erguida solitaria
el arrogante busto,
inmóvil, en postura estatuaria;
su rostro de belleza tentadora,
profanaba artificio de mal gusto,
y el lujoso fantástico atavío,
de costosas alhajas recargado,
era impropio del sitio y de la hora.

Cuando ella apareció, con un desvío
ya claramente hostil, ya disfrazado,
de su contacto se apartó la gente
y en torno suyo se formó el vacío:
así se suele huir del apestado;
al pasar por su lado,
una señora recogió prudente
con la enguantada mano el amplio traje,

y algunas voces murmuraron: «¿Cómo se educa gente aquí de tal linaje?...»

La intrusa sin perder su extraño aplomo
(tal vez a los desdenes avezada)
resistió la marea del ultraje
rígido el cuerpo con tensión altiva,
las cejas enarcó provocativa
y sostuvo de todos la mirada,
la pública opinión desafiando...
Encubría su calma un odio intenso,
que echó en su corazón fuertes raíces.

Por fin se descorrieron los tapices;
un olor de azucenas y de incienso
reinó en la estancia; el bullicioso bando
de mariposas de color de nieve,
con los revuelos de la gasa leve
la inundó de reflejos argentinos,
y sellando los labios purpurinos,
que se esforzaban por ahogar formales
la loca risa y los alegres trinos,
estallaron los besos maternos.

Ella también... ¿Acaso no sentía
como todas el ansia de dar suelta
en caricias sin fin a su ternura?...
¿Sus derechos de madre quién podría
negarla ni su parte de ventura?...

Cruzó el recinto en actitud resuelta
y se acercó a su hija. La inocente,
con gravedad que en la niñez encanta,
buscando el beso, levantó la frente
y entreabrió sonriendo dulcemente
los labios que tocaron la hostia santa.

Pero aquella mujer que su arrogante
mirada lanzó a todos como un reto,
emocionada, muda, vacilante,
bajó entonces los ojos con respeto...
Quiso hablar... lo impidió rara congoja;
se vió a sí misma, y comprendió al instante.
Sintió de la conciencia el golpe rudo
en su mejilla, que se puso roja,
y un dolor en el alma muy distinto
a los que engendra el odio más agudo.
Lo que el desprecio revelar no pudo,
la revelaba el maternal instinto.

Al levantar con ademán pausado
los ojos, en su rostro avergonzado
la mirada de todos halló fija,
y lo cubrió con el encaje espeso,
al aire dando el codiciado beso,
por no rozar los labios de su hija.

X

NOCHE MIL Y DOS

Sherazada, la musa de los cuentos,
así dicen que habló
al poderoso Emir de los creyentes
la noche mil y dos:

«¿Que no hay hombre feliz en este mundo...?
sin salir de Bagdad,
buscando en la calleja más oscura
el más sucio portal,
encontraréis en él acurrucado
en la sombra a Yusuf,
al viejo Ben-Yusuf el usurero:
la araña odia la luz.

Blanquean de aquel antro en la penumbra
su raido alquicel
y su mugrienta barba que al sentarse
le acaricia los pies;
y se creyera estar ante la momia
de algún santo alfaquí,
si en dos cuencas profundas no se viesen
dos ascuas relucir.

Es ya muy viejo; un cuervo le acompaña
de cien años de edad,
y en su lenguaje le apellida abuelo
con respeto filial.

Como flera en acecho yace siempre
en el mismo rincón;
debajo de la losa en que descansa
un silo construyó,
y en él, una tras otra, las monedas
va dejando caer:
el alma de Yusuf, más que en su cuerpo,
está en el silo aquel;
allí come, allí duerme; en otro sitio
no podría vivir,
y ha escrito un testamento, en el que ruega
que le entierren allí.

No conoció familia, y rinde gracias
a Dios por este bien;
al cuervo estima, porque nunca tuvo
que darle de comer.

Es muy sordo; ya pueden a su oído

sus víctimas gritar...
voces que insulten o que piden algo
no las oye jamás:
y sin embargo, acude con pasmosa
viveza de reptil
si al pasar en las piedras del arroyo
alguien suena un cequí.
No hay en la guzla nota que conmueva
tanto su corazón;
al fulgurar el oro, palidece
a sus ojos el sol.

Cierto día, en su angosta madriguera
se entregaba al placer
de pensar, como siempre, en su tesoro
con creciente avidez,
cuando inundó la oscura callejuela
intensa claridad.
y una visión de espléndida hermosura
traspasó aquel umbral.
De «Tásuron», el genio de la dicha,
en el aire flotó
la túnica, de un tul que a cada instante
varía de color,
y su voz, de cadencias argentinas,
esto dijo a Yusuf,
mientras brillaba con matices de oro
el caprichoso tul:
—Mortal, aquí me tienes... ¿Qué te falta...?
¿Contento estás de mí?

El viejo respondió postrado en tierra:
— ¡Oh genio...! soy feliz.
Cuanto pueda pedirte, generoso
me concediste ya;
mi dicha está encerrada en este silo,
y aumenta sin cesar;
con el oro en su seno acumulado,
placeres, gloria, amor...
comprarse pueden, que saciar consigan
la más loca ambición...
Pensando en mi tesoro, no me asustan
el hambre, ni la sed,
ni el desprecio...; sentado en esa piedra,
¿qué trono envidiaré...?
Ayudadme, buen genio, a levantarla;
por verle siento afán,
y me faltan las fuerzas... — Pero el genio
se alejó sin hablar.

Al llegar a este punto Sherazada
la interrumpió el emir:
— ¿Tan grande es el tesoro...? — Y sonriendo
la hermosa dijo así:
— El silo está vacío; taladrado
por mano criminal
fué su muro en las sombras; hoy encierra
polvo y aire no más.
Pero él lo ignora; y goza su tesoro
con dulce beatitud.

¿No es igual que lo guarde en aquel silo
o en su mente Yusuf...?

¡Oh poderoso emir de los creyentes.
con empeño tenaz
buscáis en torno vuestro una ventura
que sólo en vos está...!
Cerrad los ojos e invocad el nombre
del genio bienhechor
«Tásuron» (que en idioma castellano
es «imaginación».)

XI

MILAGRO

En un libro de fastos abaciales
escrito en caracteres medioevales
con tinta por los siglos amarilla,
triunfando del latín y la polilla
este relato descifré paciente;
mas al copiarlo disipó mi pluma
su monacal ambiente
y el suave candor que lo perfuma.

Comienza así:—Señor Omnipotente,
sirva esta mal aderezada historia
de enseñanza al mortal; a Ti, de gloria.—
En el collado del Azor, no lejos
del abacial recinto,

dominando salvaje laberinto
de viciosas encinas y de tejos,
se elevó el santuario del Reposo.
A su bendita sombra, un ermitaño
tras viaje penoso
(la tierra en que nació nadie sospecha)
hizo morada al promediar el año
de nuestra Redención... (falta la fecha)
y alcanzó de virtud cierto renombre.
Era joven aún, y su hermosura
propia de un ángel, pero no de un hombre.
Le besaban los hombros sus cabellos,
que a la seda igualaban en finura
y en color al maíz; luz sosegada
era en sus ojos claros la mirada:
inalterable paz reinaba en ellos.
Le concedió el Señor sabiduría
superior a su edad; su voz serena,
como lluvia soñada en la sequía,
daba frescura al corazón; tenía
una espezanza para cada pena.
El humilde sayal de áspera lana
convertían en veste cortesana
su airoso andar, sus movimientos graves;
y su pan, de limosna recogido,
partía con los pobres y las aves,
que abandonaban por seguirle el nido.
A Dios amaba sobre toda cosa,
y después a las flores...
Con tal arte su mano primorosa

copiando en la vitela sus colores
darles supo vigor, gracia, relieve,
que aun hoy suspensos los sentidos deja,
y el alma por la imagen seducida,
creyéndola con vida,
ve cómo el tallo de la flor se mueve,
en el cáliz zumbar oye a la abeja,
y aspirando el olor al tacto acude.
En su tesoro guarda el monasterio,
y asombro causarán a quien lo dude,
los espléndidos folios de un salterio.

Cierto día estival cruzó el collado
el poderoso Abad acompañado
de un tropel de monteros y ojeadores;
de la ermita en la puerta,
inclinando la frente descubierta
detuvo su corcel ya fatigado,
mientras los servidores
en la vecina fuente con delicia
de la sed apagaban los ardores.
Entonces una voz gritó: «¡Justicia...»
y una mujer en campesino traje,
con un niño en los brazos, de repente
se postró ante el Abad humildemente.
Este la preguntó: —¿Quién te hizo ultraje?... —
y ella dijo llorando: —El penitente. —
Mas el mancebo respondió con brío,
sin turbarse la paz de su mirada:
—Esta mujer, por Satanás cegada,

fijóse en mí, señor, y mi desvío
quiere acaso vengar. Yo la perdono. —
— ¡Mientes! ella exclamó; tengo en mi abono
a los que oyendo las dolientes voces
de esta huérfana débil e indefensa
el puñal te arrancaron... ¿los conoces?
allí están, y te acusan...; tu abandono
sufrí en silencio y oculté la ofensa;
mas ya ¿cómo callar? ¿ni cómo ahora
con esta prueba viva y delatora
de mi deshonra ganaré el sustento...?
Llegaron los testigos, y a su acento
el justiciero Abad quedó confuso.
El mancebo habló así: «Dios lo dispuso,
Él mostrará, si quiere, mi inocencia».
Y acusandole todo,
el Abad contra él dictó sentencia:
— «Pues olvidas, perjuro, de tal modo
el voto que en mal hora a Dios hiciste,
repararás tu crimen, y contigo
ese niño tendrás, mientras consigo,
de quien lo puede hacer, rompa tus lazos».

Y le dejaron solo

Solo y triste

quedóse con el niño entre los brazos
sin murmurar palabra.

En esto, de la próxima espesura

saltó ligera cabra

de henchidas ubres y nevado pelo;

se le acercó balando con dulzura,
y se acostó a sus plantas sin recelo.
Desde entonces huyó del solitario
la gente con horror.

Pasó el estío.

En un amanecer nublado y frío
la campana sonó del santuario,
no como siempre saludando al día,
sino con doble opaco y clamoroso;
y un hecho presenciaron milagroso
los que acudieron a su voz extraña
(alguien lo vió que vive todavía):
el bronce volteaba en la espadaña,
pero ninguna mano lo movía...

Y el templo al invadir ruidosamente
con un santo pavor nunca sentido,
al tibio clarear del sol naciente,
contemplaron sin vida al penitente
sobre las gradas del altar caído.

Cubierto estaba de otoñales flores;
de una luz interior los resplandores,
asomando a su pálido semblante,
hacía sobrehumana su belleza,
y en sus rodillas candoroso infante
apoyaba dormido la cabeza.

De la campana al celestial aviso,
en el humilde templo
crecía sin cesar la muchedumbre,
y el Abad acudió, y él mismo quiso,

dando de caridad notorio ejemplo,
el cadáver lavar, según costumbre.
Mas al poner con ánimo piadoso
sus manos en el muerto misterioso,
lanzó un grito a sus labios arrancado
por el asombro...

Bajo el sayo rudo
apareció desnudo
de una mujer el cuerpo delicado.

XII

EL BESO

Nathán el justo cometió un pecado.
Vanamente sus ojos lo han llorado.
No borra la quietud del monasterio
el recuerdo tenaz de un beso dado
a traición, de la noche en el misterio.

En la huerta, en el coro de rodillas,
no olvida el cuadro el monje penitente...
Mientras ella dormía, dulcemente
cantaba un ruiseñor en la ventana,
y había en su cabello florecillas
de hojas menudas de color de grana.

Los años pasan; pero no el encanto.

Cierta noche, rendido por la lucha,
en la ventana de su celda escucha
cantar un ruiseñor.

Loco de espanto
el monasterio inútil abandona,
y en busca del olvido que ambiciona
va cruzando campiñas y ciudades.

Del desierto en las mudas soledades
dormir tranquilo espera. ¡Ilusión vana!
Al claro alborear de una mañana,
mientras canta de Dios las maravillas,
cubierto el prado ve por florecillas
de hojas menudas de color de grana...

Veloz huye del prado, y en profunda
caverna se guarece.

Un peñascal escueto la circunda;
ninguna planta en derredor florece.
En un rincón, cercano al lecho duro
que con ramas tegió, se alza severa
una cruz de madera,
y a su pie, reluciendo allá en lo oscuro,
sonríe una mondana calavera.

Pero no ahuyenta el bendecido leño
la visión importuna,
y no es tranquilo de Nathán el sueño.

.

Esparce por el antro silenciosa

su cenicienta claridad la luna.
Todo allí, menos él, yace en reposo.
De repente, con golpe misterioso,
del altar se desprende y en la roca
la calavera choca;
hacia Nathán rodando se desliza,
se acerca sin rumor, pausadamente,
y al lecho duro salta... El monje siente
que sus cabellos el terror eriza.
La sangre de sus venas paraliza
cierto roce de huesos en su oído...
Luego, una voz de timbre conocido
así le dice con susurro quedo:
—¿No me recuerdas ya?... ¿Te inspiro miedo?..
Te quería besar, pero dormido.
La carne de mis labios ya no existe;
mas de Dios por decreto soberano
vengo a pagarte el beso que me diste...
Él me puso al alcance de tu mano
cuando del santo monasterio huías...
Ya no verás sobre las trenzas mías
las florecillas de color de grana.
Borrada sea por tu horror de ahora
aquella imagen sensual y vana!...—

Temblando aún, al despertar la aurora,
el monje, en un rincón de la pradera
sepulta la adorada calavera,
y una plegaria con su adiós murmura

¡Con ella entierra todo su pasado!...
Sin volver la cabeza se apresura
a regresar a su apartado asilo
y ante la cruz se postra resignado.

Desde entonces Nathán duerme tranquilo.

XIII

DICHA COMPLETA

(AL POETA ENRICO PANZACCHI)

Así habló, caminando hacia Perusa
Francisco el fundador a un compañero:
«Hijo amante de Dios, hermano mío,
oidme atento. Quien por gracia viste
nuestro burdo sayal, aunque lograrse
contar los astros y fijarles rumbo,
descubrir las virtudes misteriosas
de las aguas, las plantas y las piedras,
y traducir lo que la fiera ruge
o lo que alegre el pajarillo canta,
no por eso diría:
ya satisfecha está la ambición mía».

Continuó caminando y dijo luego:
«Hijo amante de Dios, hermano mío,
oidme atento. En nuestra humilde Regla,
si alguien hablase todos los idiomas
de la tierra o robase sus tesoros
de saber a la bíblica Escritura
y a las sentencias de los Santos Padres,
y de los mismos ángeles pudiese
adivinar los santos pensamientos,
no por eso diría:
Ya satisfecha está la ambición mía».

Tras una pausa habló de esta manera:
«Hijo amante de Dios, hermano mío,
oidme atento. Si el indigno fraile
sanar pudiera al mísero leproso,
dar al tullido agilidad y fuerza,
o iluminar del ciego las pupilas;
si al eco de su voz los corazones
más duros, más helados, más rebeldes,
se derritiesen en amor a Cristo,
no por eso diría:
Ya satisfecha está la ambición mía».

Anduvo un rato y prosiguió diciendo:
«Oid, oid atento, hermano mío:
Si al llegar a Perusa nos recibe
en actitud hostil la muchedumbre,
y escarnece estos hábitos, y arroja
a nuestra faz el lodo de la calle;

si no basta a su cólera el silbido
y la injuria soez, y con sus golpes
nos derriba en el suelo moribundos...
entonces ¡qué alegría!...
satisfecha estará la ambición mía».

Surgió a lo lejos la ciudad, y el Santo
en un agrio repecho se detuvo,
contemplando a su amigo fijamente.
Todo callaba; el agua por su cauce
corría sin rumor, y entre los robles
dejaron de piar las golondrinas.
En el silencio aquel una pregunta
parecía latir... El compañero,
sin dudar un instante,
miró al maestro y exclamó: «¡Adelante!»

XIV

TIERRA INGRATA

Mugiendo la sirena, borbotando
un humo sucio y negro,
con mar gruesa y cielo amenazante
arrancó el trasatlántico del puerto.
Como el frío arreciaba, la cubierta
abandonaron pronto los viajeros.

Declinaba la tarde.
La tierra fué perdiéndose a lo lejos.

Entre la bruma gris, junto a la borda,
un grupo numeroso
quedó olvidado, un grupo de emigrantes
hacinados allí como un estorbo.
Rendidos por el rudo balanceo,

en doliente actitud callaban todos,
buscando todavía
la ya borrada costa con sus ojos.

Hombres, mujeres, niños recostados
en la dura madera,
enflaquecidos por el hambre, humildes,
con la triste humildad de la miseria,
callaban; pero había en sus harapos
restos de campesinas opulencias,
honradez en sus rostros,
y en su silencio un trágico poema.

De repente una voz vibrante y dura
exclamó: — «¡Tierra ingrata!...»
y un viejo que por único equipaje
tosco saquillo junto a sí llevaba,
irguióse a medias, y en tensión los brazos,
las manos por la cólera crispadas,
a la invisible costa
apostrofó con gesto de amenaza.

— «Tierra ingrata, que robas a tus hijos
el sudor y la sangre
(prosiguió aquella voz, que por momentos
iba siendo más dura y más vibrante),
que nos niegas el pan y nos obligas
a llamar con temor a otros hogares...
aunque yo no lo haga,
¡Dios te maldecirá por mala madre!...»

En esto allá en la popa un marinero
arrió la bandera
y el viejo enmudeció. Luego en voz baja
con acento impregnado de tristeza
dijo a un mancebo: — «Escucha: en el saquillo
va un puñado de tierra...
júrame que si muero en suelo extraño
mis pobres huesos cubrirás con ella».

XV

LOBO DE MAR

Cuando a bajar comienza la marea
desde la pobre aldea
que hásta los bordes del cantil avanza,
se descubre el escollo en lontananza
rasgando el agua azul que espumagea.

En él, y bajo un cielo encapotado
una mañana de equinóccio oscura
se dibujó la trágica figura
de un falucho encallado:
sin obra muerta ya, desarbolado
por afilada punta el flanco herido
y hacia la banda de babor caído
a los golpes del mar se estremecía

con un largo quejido
que cesó al entregar al oleaje
de su ya descarnado costillaje
la última tabla: en ella se leía
un nombre de mujer: *Joven María*.

Al renacer la calma
sólo quedó del barco el esqueleto
entre las rocas húmedas sujeto.
pero quedaba más: quedaba el alma.

Y era el alma el patrón: viejo molusco
de su concha arrancado al golpe brusco
de las peñas traidoras
y olvidado después sobre la arena.
Por ella, solitario, a todas horas
se le veía errar como alma en pena.

XVI

RUEGO DE MADRE

De sus corceles con los cascos de oro
removiendo la nieve,
mientras la luna por el cielo sube,
trasponen el alcor los Santos Reyes.

Las sendas se han borrado, y cautelosos
a paso lento avanzan;
seguidos van de numerosos siervos
y de camellos con preciosas cargas.

En las bordadas ropas cabrillean
las piedras orientales.
Los tres magos caminan en silencio:
de los tres el más viejo va delante.

Su pecho velan de la lengua barba
los plateados hilos,
y a modo de joyel, en su turbante
prendió una estrella de azulado brillo.

Ya descubren la aldea; ya cantaron
los gallos a lo lejos;
ya rozan en su marcha silenciosa
el musgoso tapial del cementerio.

A la luz de la luna se destaca,
junto a la humilde verja,
una figura envuelta en blanco lienzo,
y una voz de mujer así les ruega:

—No olvidéis, por piedad, señores Reyes,
a los niños sin madre;
buscad al mío; se durmió esperando
con la frente pegada a los cristales...

De los tres el más viejo la responde:

—Mujer, en mí confía. —
Los corceles galopan, y en la bruma
se pierde la brillante comitiva.

Por la postrera vez los gallos cantan
cuando torna el anciano;
en el arzón de la dorada silla
al niño trae cubierto con su manto.

De la mujer en brazos deja al niño,
que sonrío durmiendo.
y así la dice:—Le encontré soñando,
y es mi destino realizar ensueños.

Que estaba entre los brazos de su madre
creía el inocente...

¡Pobre mujer, en tu tranquila fosa
hazle sitio; no temas que despierte!

VARIA

XVII

EL PUENTE

Por la canción monótona mecido
de lluvia torrencial, quedé dormido.

Soñé que en una carta me decía
con temblorosa letra en dos renglones:
«Como sólo en tu amor mi alma confía,
te necesito, ven; no me abandones».
Y partí en el expreso de aquel día.

La máquina fugaz cortaba el viento;
pero acosado yo por el tormento
de la impaciencia, quise, delirante,
en los flancos del monstruo jadeante
las alas ingertar del pensamiento;

y maldiciendo injusto su reposo
pegué la frente al vidrio tembloroso
en que marcaba el vendaval sus huellas,
mientras, con labios por la fiebre enjutos,
en alta voz contaba los minutos
de aquella eterna noche sin estrellas.

Surgieron de improviso ante mis ojos,
allá en la oscuridad, vivas centellas;
inquieta luz de fulgores rojos
por manos invisibles agitadas...
llegaron hasta mí voces lanzadas
por unas sombras de contorno humano
que pasaban veloces... El cercano
peligro presintiendo,
me preparé a morir...

Luego, creciente
y pavoroso estruendo
de hierros al chocar, son estridente
de frenos, de vapor... consorcio impuro
de plegarias y rudas maldiciones,
ayes de espanto, cólera impotente,
y dominando confusión horrible
un solo grito aterrador: «¡El puente!»...
Después... la sensación indefinible
de la caída en el abismo oscuro...
el vértigo... la vida que se acaba...
y...

Desperté angustiado. No cesaba

de la lluvia el constante martilleo.
El ensueño olvidé; mas el correo
una carta me trajo que decía
con temblorosa letra en dos renglones:
«Como sólo en tu amor mi alma confía,
te necesito, ven; no me abandones».

Y partí en el expreso de aquel día.

* «Blanco y Negro»

XVIII

LA RISA DEL SATIRO

Con los cuernos rasgando la cortina
la trepadora yedra,
que en todo tiempo su dintel adorna,
sobre la entrada de la gruta inclina
el Sátiro burlón su faz de piedra.
Para reir los párpados entorna:
tenaz espasmo riza el pergamino
de su marchita frente,
y asoman tras los labios sensuales,
oliendo aún al vino
derramado en groseras bacanales,
la seniles encías sin un diente.
Causa verlo reir viva molestia:
en su gesto insolente

se adivina el gruñido de la bestia.
¡Cuánto tiempo ha vibrado en mi memoria
de aquella risa el eco imaginario!...

La aventura es vulgar, breve su historia.
Un rincón de provincia: un solitario
callejón sin salida:
del jardín el postigo misterioso,
y de cálida siesta en el reposo,
cuando enmudece la ciudad dormida,
el eterno diálogo amoroso
a través de la tabla carcomida...
Tal es el cuadro que a mi vista dora
de ya lejana juventud la aurora.
De calor una tarde fatigado,
me apoyé en el postigo (mal cerrado
por descuido, sin duda)
y cediendo la tabla quedó abierto...
¡Qué hermosa apareció, de asombro muda,
sobre aquel fondo de jardín desierto!...
Retrocedió... Avancé. Cogí a hurtadillas
su mano: luego en inspirado estilo
me quejé de sospecha injusta y vana;
y por temor, andando de puntillas
de la gruta cercana
nos refugiamos en el fresco asilo.
Solos allí los dos, algún diablejo
color de rosa deslizó en mi oído
halagador consejo:
el sitio... la ocasión... Rápidamente

la sangre juvenil hirvió en mis venas...
Pero de aquella frente la blancura
habló al alma con voz más elocuente:
silencio impuse a la materia impura;
su mano con mi aliento rocé apenas
y la gruta dejé. Sobre la entrada
ví al Sátiro inclinado: con desprecio
me contempló un instante;
su voz oí vinosa y destemplada
que murmuraba: «¡Necio!»...
y después mi semblante
azotó con burlona carcajada.

Breve la historia fué. Pronto el destino
apagó la pasión en sus albores,
la ceniza aventó de aquella lumbre.
De la vida el confuso torbellino
nos separó. Es la ley. Nuevos amores
encontramos los dos. Es la costumbre.
Como es conjunto el hombre, tan extraño,
de ángel y bestia, de materia y alma,
la carcajada aquella me hizo daño
jamás la pude recordar en calma.
En vano, haciendo de valor acopio,
domar quise la bestia miserable;
siempre: «¡Necio!» gritaba mi amor propio.

.

La he vuelto a ver. Del tiempo, la incansable
labor, la virgen transformó en matrona.

Esposa y madre ya, doble corona
en sus sienes fulgura.
De mi mejor amigo la ventura
labra con su virtud y su cariño,
y ve reproducida su hermosura
en el semblante angelical de un niño.
Algunas noches del invierno crudo,
cuando mi alma por la paz suspira
del santo hogar a su mansión acudo.
En aquel gabinete se respira
grato ambiente de paz y de sosiego:
allí es alegre el fuego
que en la esculpida chimenea estalla,
y el tic-tac del reloj acompasado;
serena luz, que toma
el suave matiz de la pantalla,
lo baña todo en su fulgor rosado.
El té despide su agradable aroma,
humeando en la taza japonesa,
y en derredor de maqueada mesa
los tres nos agrupamos sonriendo...
Mas ella se levanta: yo comprendo
que algún deber muy grave la importuna
Es que hace ya minutos que no besa
al inocente en su nevada cuna.
Al volver, en sus labios lleva impresa
de aquel beso la huella luminosa.

Entonces, silenciosa,
clava en mí sus pupilas:

en ellas un recuerdo resplandece...
Con sus miradas puras y tranquilas,
«¡Gracias!» decirme sin cesar parece.
Y yo, al pensar que puedo esa mirada
sostener con la frente levantada,
de su hogar en el templo bendecido,
con noble orgullo para siempre olvido
del Sátiro burlón la carcajada.

XIX

INUTIL

MI corazón templó con sus lecciones
dura pobreza, y adiestró mis manos.
Sin padres, sin hogar, fuerte me hizo
para ganar el pan de mis hermanos.
Eramos cinco, sólo dos varones;
pero Juan, el menor, nació enfermizo.

En un rincón del soto, no lejana
de la arenosa orilla que desgrana
el ancho río con su roce manso,
se alzaba nuestra choza. El hambre en ella
no penetró: no conocí el descanso.
Siempre brillando la primer estrella,
con el orgullo del deber cumplido

regresaba a mi nido;
y siempre, tiritando junto al fuego,
en forzado sosiego
hallaba a Juan. Al verme sonreía
y con su voz de mansedumbre llena,
por aliviar mi pena,
—«Estoy mejor»— tosiendo me decía.

¡Pobre Juan! Para el mártir no hubo infancia.
Cuando cediendo a tentadora instancia
que a sus años el alma no resiste,
con otros niños en alegre bando
corrió, bien pronto a detenerle vino
la fatiga, la tos... y era muy triste
verle sentado al borde del camino
mientras en rumoroso torbellino
sus camaradas se iban alejando...
Creció en cuerpo; no en fuerzas. Ya mancebo,
apuró un dolor nuevo:
quiso ayudarme en mi labor... no pudo:
insistió con porfía generosa;
mas una y otra vez el ástil rudo
dejó caer al suelo, jadeante,
muerto el brazo y la frente sudorosa.
Perdió con la esperanza la entereza.
—«Inútil»... —dijo, y desde aquel instante
anocheció en sus ojos la tristeza.

¡Inútil él!... Su inteligencia clara
causaba pasmo, y su senil aplomo

reñido estaba con su sangre moza:
a leer, aprendió, yo no sé cómo,
y a explicar, sin que nadie le enseñara,
de las frases oscuras el sentido.
En las veladas de la humilde choza
nos leía esos libros inspirados
por una paz y una ternura inmensas
en los que el mismo Dios compadecido
habla a los desgraciados;
y nuestras almas, de su voz suspensas,
sentían ese afán de ser mejores
que sintieran en noche venturosa
al escuchar al ángel, los pastores.

Llegó el otoño, la estación lluviosa.
¡Qué triste fué aquel año! Cierta día
en la ermita anunciaron las campanas
de un anciano pariente la agonía,
y a su lado conduje a mis hermanas.
Regresaba yo solo. De repente
ví que subía en dispersión del llano,
corriendo loca de terror, la gente;
y entre sordos lamentos el lejano
clamor oí del caracol huertano...
Trepé por el atajo a la colina
que la vega domina,
llamando a Juan... Con el zumbir del trueno
el río, despreciando el cauce roto,
dilataba sus ondas, y era el soto
un proceloso már color de cieno.

Al agua me lancé... Fuí arrastrado,
pero asido a un madero me sostuve,
y aunque falto de aliento y golpeado
pronto al alcance de la choza estuve;
vacilaba su techo... al fin caído,
arrasó el oleaje sus escombros,
y las manos de Juan sentí en mis hombros
y sus labios pegados a mi oído...

En el instante aquel ¡angustia horrible!
al peso de los dos se hundió el madero...
Fué un batallar desesperado y fiero
de segundos — ¡de siglos!... — con la muerte.
Oí su voz: — «Los dos es imposible
salvarnos... vive tú, ya que eres fuerte...!
¡Piensa en ellas!...»

La tabla sumergida
tornó a flotar; al agua embravecida
entregó sin luchar el cuerpo inerte.

.
.

¡Inútil él!... ¡Y nos salvó la vida!...

DESENCANTO

Me detuve al pasar frente a la jaula
donde el león con majestad bosteza.
Volvió hacia mi los entornados ojos
y murmuró en su idioma: — «¡Qué vergüenza!»

«Allí está el domador. Para vencerme
puso Dios en su mano la centella...
Sin deshonra cedí, creyendo al hombre
el animal más fuerte de la tierra.

«Mas, ¡oh desilusión!... He presenciado,
rugiendo de ira, la ominosa escena...
¿Ves aquella mujer, casi una niña,
más cobarde que tímida gacela?...

«Pues a su voz de pájaro, el gigante
baja los ojos, se arrodilla y tiembla»... —
Quise explicarle yo... pero el cautivo
repitió sin oirme: — «¡Que vergüenza!»

LAMENTOS DE MIMÍ

«Son el diablo estos ángeles de niñas.»

CAMPOAMOR

MI cara es de *biscuit*; son mis cabellos
enmarañada seda,
y abro y cierro unos ojos muy azules
de los que hablar me impide la modestia.

Por encargo de Blázquez, un tirano
que los niños adoran,
vine al mundo tan linda como frágil...
«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!...»

Me expusieron desnuda, ¡qué vergüenza,
y qué frío!... (era invierno)

entre un Polichinela modernista
y un Pierrot muy galán y muy modesto.

Viendo siempre asediado de curiosos
el amplio escaparate,
procuraba estirar inútilmente
la camisita de ligero encaje,

hasta que fuí vendida, ¡qué sonrojo!,
como vulgar esclava...
¡Pobre Pierrot!, no olvidaré en mi vida
tu suspiro, tu adiós y tu mirada...

Era mi madre de adopción un ángel
con entrañas de hiena.
Me colmaba de besos, de caricias,
de ricas joyas y preciadas telas,

y me martirizaba; pronto supe
que no era ya una niña:
alguna vez que me llevó a paseo
advertí que un mancebo nos seguía.

Era muy caprichosa; su cariño
fué mi mayor tormento:
ensayando prendidos imposibles,
sin piedad me arrancaba los cabellos:

con violentas posturas dislocaba
mi cuerpo endeble;

mis delicadas carnes aún torturan
las huellas de punzantes alfileres.

Una tarde, por fin, aquel mancebo
se aproximó a mi dueña;
por el modo de hablar y por el traje
al pronto le creí Polichinela;

y fué mi redentor, pues desde entonces
vivo en dulce descanso,
olvidada, es verdad, pero tranquila
en el oscuro fondo de un armario.

Año tras año allí pasar he visto
bendiciendo a los hombres,
muñecos que nos libran de las niñas
y son de nuestras penas vengadores.

Como por las rendijas de mi cárcel
penetran las palabras,
he adquirido experiencia; ya no ignoro
que todo es juego en la comedia humana,

y que el hombre más serio también suele
jugar a las muñecas:

a la suya *Beatriz* llamaba el Dante:
Don Quijote a la suya, *Dulcinea*.

Mi dueña, ya casada, hoy acaricia,
como a mí en otro tiempo,

a otra muñeca que se mueve y llora;
a otra rubia *Mimí* de carne y hueso.

Y pienso con horror si mi destino
me entregará a sus garras,
a sus garras de seda color rosa,
que todo cuanto tocan despedazan!...

¿No lo dije? En la vieja cerradura
temblando escucho rechinar la llave...
El mónstruo sonrosado está en acecho!...
¡Pierrot! ven a salvarme!...

XXII

APOLO

(CONSULTA DE LA MADRE SAN JOSÉ)

...**P**ues sí, Padre: Mis ojos pecadores,
que han de pudrir la tierra,
también lo vieron. ¡Cuántos sinsabores
todo descuido para el alma encierra!...
¡Ay! desde aquel momento
huyó la santa paz de este convento.

Vinieron con permiso del Prelado
esos hombres fatales
que han removido el huerto y arrancado
cipreses y geráneos y rosales...

 Mi ignorancia deploro...
Yo creí que buscaban un tesoro.

Es la curiosidad muy mala cosa,
si bien no se dirige;
y es la Comunidad algo curiosa...
y yo también; defecto que me aflige.
Tres días, es lo cierto,
pasé, sin respirar, mirando al huerto.

Educandas, novicias y profesas,
durante los tres días,
con los ojos sedientos de sorpresas
pegados a las claras celosías,
miraban a esa gente
abrir fosos y fosos impaciente.

Encontraron monedas y vasijas
de una forma muy rara.
Iban amontonando baratijas,
y de pronto sonó gran algazara...
Cada cual, no lo dudo,
abrió entonces los ojos cuanto pudo...

Con mucha precaución, con muchos mimos,
la escultura funesta
sacaron a la luz... Todas la vimos...
Era una estatua horrible, deshonesta...
De recordarla sólo
me estremezco... Dijeron que era Apolo.

Que era un dios! ¡Oh blasfemos!.. La escultura
admiraban ufanos,

y celebrando mucho su hermosura
citaban a granel nombres paganos.

Ya tarde, lo confieso,
— «¡Hijas mías, grité, no mireis eso!...»

Por temor a la lluvia, con trabajo,
pues es grande y pesada,
llevaron a un rincón del claustro bajo,
donde aún está, la estatua condenada...

El cuerpo ya no enseña:
le ceñí una hopalanda de estameña.

A la comunidad hallé reunida
luego en el refectorio;
y acabando el *Oremus*, conmovida,
dirigí mi palabra al auditorio.

Creí, sin vanagloria,
poder usar un poco de oratoria.

— «Hijas mías: carísimas hermanas,
les dije, está probado:
en las efigies griegas y romanas
Satanás en persona fué adorado;
por esto no es pasmoso
no hallar una con traje decoroso.

Todas esas estátuas inmortales
(la Historia lo asegura)
cayeron de sus altos pedestales

al brillar en Belén estrella pura.

La de hoy, es bien sabido,
derribada y sin trono ha aparecido.

A las madres *Discretas*, largamente,
al salir de *Completa*s,
he consultado, y mi opinión prudente
es la misma opinión de las *Discretas*.

La estatua es un invento
de Satanás que ha entrado en el convento.

«Os persignais?.. Comprendo vuestro espanto;
pero el huésped maldito
verá burlada su intención en tanto
que no caiga ninguna en el garlito...

Aterradas os veo!...»

Una educanda murmuró: —«Y no es feo»...

—«Calle, la dije: Nécias ilusiones!...

Recuerdo inoportuno!...

Doblemos, añadí las oraciones,
la lectura, el cilicio y el ayuno.

Y ninguna, os lo aviso,
al claustro bajará sin mi permiso!»

Padre, lo digo con dolor acervo,

yo no sé lo que pasa;

mas desde entonces consiguió el Protervo
alejar el reposo de esta casa.

Ayunos y lecturas
no le impiden hacer sus travesuras.

Comienzan a soplar vientos fatales:

Riendo a carcajadas,
las educandas, antes tan formales,
por esos claustros corren alocadas.

A dos he sorprendido
adornando en secreto su vestido.

No hay en el coro seriedad ahora.

Anoche en los maitines,
equivocó el *oficio* la lectora
y las demás trocaron los latines.

A pesar del cilicio,
ni en las *Discretas* ya se encuentra juicio.

Todas bajan al claustro, y a hurtadillas

lo ven con su hopalanda,
y repiten después en sus hablillas:
— «Pues no es feo! Bien dijo la educanda»...

Por verle ¡qué trastorno!...
la tornera, también, se deja el torno.

La otra noche la hermana campanera

nos dió grave disgusto:
a las dos repicó pensando que era
el alba... Despertamos con gran susto.

Ya ninguna trabaja
sin hablar con las otras en voz baja.

Temo ya que mi voz se desacate.

Mis consejos son vanos
En vez del *Tantum ergo* y del *Laudate*
ensaya la organista aires mundanos.

Las reprendo, y lo mismo
tornan a hacer; y vamos al abismo.

Que haré, Padre, que rompa la influencia
de la infame escultura,
si la Comunidad, en su inocencia,
habla ya sin horror de su hermosura?

Qué haré?... De qué les hablo,
Padre, si ya no temen al Diablo?

XXIII

POESIA DEDICADA A LA CARROZA DE APOLO

«**S**alud, bellas murcianas! En esa altura
que habito con los dioses mis compañeros
se ponderaba tanto vuestra hermosura
que el Olimpo abandono por conoceros;
y al fin vuestros encantos contemplo absorto.
Quien me los ponderaba se quedó corto.

Por Júpiter!, decidme si sois mortales
o si me ofusca el humo de las bengalas.
No alegran el Olimpo rostros iguales,
y ver me ha parecido que teneis alas.
¿Nacisteis de mujeres o de otras diosas?
¿Brotais en los jardines como las rosas?

Los que aquí me acompañan son mis ahijados,
al arte prestan todos culto ferviente,
y aunque la Gloria buscan entusiasmados
no sueñan con el lauro para su frente
sino para rendirlo, buenas personas,
a la ciudad que ciñe siete coronas.

Pero a las nueve musas, gran pesadumbre
estos murcianos causan, os lo confieso,
porque no las invocan según costumbre
y las dejan por otras de carne y hueso.
Esta gente es indócil, poco sumisa,
y a su soplo prefiere vuestra sonrisa.
Y yo, que ya fraguaba duro castigo
movido de las musas por las querellas,
al veros hoy al paso ¿sabéis qué digo?
—Pues yo también por éstas olvido a aquellas!
Inspiradlos vosotras, bellas murcianas,
y que rabien de celos las nueve hermanas.»

APOLO

(A su paso por la Tierra en una noche del año 1905).

MATER DOLOROSA

INTRODUCCION

Este libro es pequeño; pero tiene
una cosa de grande,
y es el alma del Pueblo, que riela,
como el sol en el mar, en mis cantares.

Del hierro golpeado brotan chispas
en el sonoro yunque.
Mi corazón, del infortunio al golpe,
lanza estos versos que fugaces huyen.

Mi canción es monótona. Es quejido
tenaz de un alma enferma
que en larga noche de cansancio y fiebre
la luz del alba con afán espera.

Vi a mi madre llorar, y me ahogaría
la pena, si callase.

Quien no me entienda, nunca habrá sentido
sobre su frente el labio de su madre.

De la Tristeza pálida los brazos
se anudan a mi cuello,
y su peso me abrumba, y envenena
el aire que respiro con su aliento.

En mis oídos sin cesar murmura
la siniestra palabra...
«¡Vencidos»!, dice; y a mi frente sube
toda mi sangre en rojas oleadas.

Para luchar con ella, yo te invoco,
sombra del Pueblo augusta;
ven a mí, siempre joven, siempre altiva,
ciega tal vez, pero humillada nunca.

Ven, y pasa a través de mis cantares
como pasas a veces
por entre los que rudos aletean
del taller y la calle en el ambiente.

Este libro es humilde. No merece
aplausos, sino olvido;
mas si veis que a través de mis palabras
pasa una sombra augusta, descubridlos.

XXV

MATER DOLOROSA

Con la tierra que amaron mis padres
y que ya ennoblece polvo de sus huesos;
con la tierra fecunda en que todos
con afán segamos la mies del recuerdo;

Con la tierra en que hierve una savia
que de nuestros hijos hervirá en las venas;
con la tierra que amé por ser mía
antes de encontrarla generosa y bella;

Con la tierra española, queriendo,
para darle culto, labrar una estatua,
hice un barro amasado con sangre
en su honor vertida; con sangre y con lágrimas.

Y surgió con espléndidas curvas
levantado el seno, la cabeza erguida;
del león la rizada melena
encuadró su frente seria y pensativa.

Admiré su soberbia hermosura
con llanto en mis ojos, con frío en mi alma.
En su frente reinaban las sombras...
También en la tierra las sombras reinaban.

Bajo un cielo sin sol, destacarse
la ví sobre el fondo de las nieblas grises.
y sus plantas rocé con mi frente,
sintiendo, sin verla, su mirada triste.

Hacia un punto lejano del cielo
con afán creciente volvía sus ojos...
Sólo allí con la noche luchaba
claridad rojiza de fulgor dudoso.

Angustiado me dije: ¿Quién sabe
si el fulgor rojizo que dudoso brilla
será el rastro de un sol que se pone
o el albor risueño que precede al día?...

Bajo un cielo sin luz, en silencio,
la adoré velada por las nubes grises...
Sólo el viento al pasar me traía
un rumor confuso de palabras tristes.

Las traía en sus alas el viento,
como trae las nubes, de región lejana;
de la misma que forja el Destino
bienhechoras lluvias y rayos que matan.

Y entendí que al pasar repetían
misteriosas voces, llorando en la sombra,
con respeto y con lástima: «Salve,
Mater Dolorosa!...»

XXVI

TRAIDORES...

Cuervos que aleteais trazando círculos
en un aire que asfixia,
gran festín os espera: hoy el Acaso
favoreció, aunque ciego, a la Justicia.

Estrechad esos círculos. La Muerte
generosa os invita.
Descended y buscad: quedó sembrada
de cuerpos de traidores la manigua.

Pero ¿por qué no descendéis?... Que instinto
puede en vosotros más que la codicia?...
— «Nos repugna el hedor que en esos cuerpos
Deja el alma podrida»...

XXVII

FRAGMENTO

Pobre Pueblo, que buscas la Esperanza,
si del Dolor olvidas la enseñanza,
en vano moverás tu pie ligero.

Para guiar los pasos vacilantes
de los pueblos, eternos caminantes,
puso Dios el Dolor junto al sendero.

XXVIII

VERANO

Pues tanto es tu poder, sol castellano,
que enjuto pedregal haces del río
y encierras los incendios del estío
de nuestra vid en el jugoso grano.

Infunde ya en el néctar soberano
tu clara luz, tu generoso brío;
que el largo invierno, como nunca frío,
cual nunca tenebroso, está cercano.

Sangre robada en canallesca lucha
renueva a mares, que perdió ya mucha
quien no supo cortar mano traidora;

y traiga ese licor al pecho herido,
no ardores de un valor que no ha perdido,
sino risueña claridad de aurora.

XXIX

AL CANTAR EL GALLO

Siempre, en la hora del peligro, al débil
el miedo aturde y ciega...
Jesús es la Verdad... pero ¿qué importa?...
Caifás es poderoso, y Pedro niega.

Por la canalla vil atropellado,
a los vivos reflejos
de las teas, pasar le vió el culpable...
El gallo acusador cantó a lo lejos. —

Ni una sola nación de tu inocencia
dudaba ¡oh patria mía!
y ni una sola al verte calumniada
tradió en alta voz lo que sentía.

Todas, todas negaron conocerte,
y al mirar tu grandeza
tambalearse al choque del coloso,
volvieron, por no verte, la cabeza.

Puso el miedo mordazas en sus labios
y vendas en sus ojos;
en la sombra agrupadas se dijeron:
—«Algo nos tocará de sus despojos».

De tus despojos, sí: como los cuervos
pueden picotearte;
más de tu gloria, no; que no se roba
ni entre los salteadores se reparte.

Y, carne de tu carne, el lusitano
te niega y abandona...
Y te niega el germano, que algún día
te ciñó con respeto su corona...

Y el italiano, que en glorioso siglo
te rindió vasallaje...
y cien naciones de tí aprendieron
a adorar a tu Dios en tu lenguaje...

Por la canalla vil atropellada,
a los vivos reflejos
del incendio, pasar te vieron todas...
El gallo acusador cantó a lo lejos.

MEMORATIO

Día de difuntos...! Cuántos
para los que no hay coronas,
porque nos roban sus huesos
de extranjero mar las olas!

Cuántos yacerán perdidos
en soledad pavorosa.
por los oscuros rincones
de la manigua traidora!

Y cuántos su sepultura
hallarán mucho más honda
desde que en hora maldita
dejó de ser española!...

Reina en las almas la noche
de espectros engendradora,
y esa noche tu recuerdo,
pobre Juan soldado, borra.

Pero en aquel suelo ingrato
que se vende a quien lo compra,
tu nombre has dejado escrito
con tu sangre generosa;

y al contemplar otras gentes
del león las huellas rojas,
—«Por aquí ha pasado España».
dirán con miedo en la Historia.

Mártires hoy en olvido,
aguardad, mientras retornan
á nuestro pecho la calma
y a nuestro cielo la aurora.

Vereis con el nuevo día
más alta cuanto más rota
aquella noble bandera
que defendísteis con honra,

y salvando el mar inmenso,
hasta esas playas remotas,
para besar vuestras frentes
se dilatará su sombra.

HISTÓRICO

Su nombre ignoro: la prensa
cita el rasgo, el nombre calla;
mas con lo poco que dice,
para conocerla, basta.

Sola en el mundo, en agreste
rincón dos veces aislada,
por su pobreza primero
y después por sus montañas,
vive una madre, sin otro
protector de su desgracia
que un hijo de quien recibe
pan el cuerpo, amor el alma.

Como en llegar las noticias

a aquel rincón tanto tardan,
el estruendo de la guerra
aún sus montes no traspasa,
y acompañando al mancebo,
que cayó soldado, baja
la pobre madre a la aldea
con serena confianza.

Sabe que ley bienhechora
en su soledad la ampara,
y no teme que le roben,
con él, su única esperanza.

Alegre acude al acento
que hijos y madres separa.
No perderá con el suyo
pan su cuerpo, amor su alma.

Llega a la aldea, en el brazo
del noble mozo apoyada,
y oye la palabra «guerra»
como maldición que espanta.

Pero despertando al punto,
en ella, sangre heredada,
dirige el paso resuelta
adonde el deber les llama.

Allí, presentando a todos
el hijo de sus entrañas,
y el corazón estrujando
con su propia mano, exclama:

«Aunque es todo lo que tengo,
y aunque las leyes lo salvan,
si alguien a España ha ofendido,

él morirá por vengarla.

«Mi vida os doy con la suya;
pero si hay guerra, que vaya.
Si yo muero, poco importa.
¡También es madre la Patria!...»

Pobre mujer, cuyo nombre
oscuro la prensa calla,
yo te bendigo. En tu acento
resucita nuestra raza.

XXXII

ANIVERSARIO

(1.º DE MAYO DE 1898)

No conviene olvidar. Sobre laureles
puede dormir un pueblo.

Tras la derrota, no: cuando despierta,
lleva la argolla del esclavo al cuello.

Venció la Fuerza a la Razón. Mañana
sucederá lo mismo.

El mundo es de Caín desde la hora
en que a su hermano sorprendió dormido.

No maldigo al culpable, por si acaso
mi maldición alcanza

no sólo al salteador, sino al viajero
que se durmió a mitad de la jornada.

En vela, pues, para ganar los siglos
que perdimos soñando.

¡En vela junto al yunque, humilde obrero!

¡En vela sobre el libro, ilustre sabio!

Hay que velar forjando nuevas armas;

las viejas ya no valen:

el arcáico lanzón de Don Quijote

inútil es en lucha con jayanes.

No asalten más la pública tribuna

gárrulos oradores:

con hechos se progresa, no con frases;

políticos nos sobran, faltan hombres.

No más explote nuestra rancia incuria

la codicia extranjera.

Clavemos para siempre en la picota

al fraude, la ignorancia y la pereza.

Fecunde nuestro pecho la esperanza;

nuestra tierra, el arado.

Hagan, nuevo ideal y sangre nueva,

altiva el alma y poderoso el brazo.

Borremos ya con varonil constancia

el rastro del ultraje.
Sólo guardan la huella endurecida
de quien los pisa, el lodo y los cobardes.

Pero olvidarlo, nunca. Cuando un pueblo
lo olvida, lo merece.
Traiga esta fecha hiel a nuestros labios
y oleadas de sangre a nuestra frente.

Pues no basta el derecho, a otras naciones,
para ser respetados,
no mostraremos ya viejos laureles,
sino un puñado de oro en nuestras manos.

Y vosotros, poetas, precursores
de venideras glorias,
elevad vuestras almas vacilantes
con las alas divinas de la estrofa.

No desmayéis: en vigorosas rimas
decid al pueblo: «¡Alerta!»,
si véis que al corazón se va enroscando
la sierpe de mortal indiferencia.

Y alegren vuestros himnos al obrero
que en penosa velada se fatiga,
como le alegra el canto de las aves
anunciando la luz del nuevo día.

CARTAS ÍNTIMAS

XXXIII

AL DUEÑO DEL
«BAZAR MURCIANO»

(RICARDO BLÁZQUEZ)

Recuerda usted, tocayo?... *In illo témpore*
solicitaban la codicia nuestra
caballos de cartón inverosímiles,
héroes de plomo y sables de madera;
pero a impulsos del Arte y la mecánica
transformándose va Polichinela...
Los juguetes son joyas. ¡Con qué lástima
los miro en su Bazar! Ya no me tientan;
no son aquéllos que anhelé frenético;
no son aquéllos, mi ilusión primera...

No sé por qué misterio psicológico,

al decir ilusión, en mí despierta
tu remembranza ¡oh niña de ojos lánguidos,
que dejaste de serlo el año ochenta!
Recién puesta de largo, algo romántica,
te veo pasear por la Glorieta
mientras Mirete toca la *Sorámbula*
(Wagner aún desconocido era).
Yo te amaba en secreto; eras tan pródiga
en dulces risas y en miradas tiernas!
Qué esbeltez!... Qué cimbreo!... Cuán ingrávida
te deslizabas sin rozar la tierra!...

Hoy, reflejada en el cristal diáfano
de los escaparates de su tienda,
la ví pasar, tocayo: aquella sílfide
es ya matrona, pelicana, obesa,
y usa gafas, y es madre... Melancólico
ví que las losas, a su andar retiemblan.

Funesta ley!... Oh mi discreto homónimo!
devuélvame mi sable de madera,
y haga usted que la niña de ojos lánguidos
torne a incendiarme con miradas tiernas;
y si esto no es posible, ¿quiere espléndido
ser con su amigo en la presente feria?...
Pues busque en su Bazar un específico
que me quite unos años: veinte... o treinta...

Septiembre de 1902 *

* «El Bazar Murciano».

XXXIV

A DON CARLOS CANO

(CON MOTIVO DE SU LIBRO DE POESÍAS TITULADO
«FRUTA DEL TIEMPO»)

Madrid. — En el oncenno
mes del segundo año
de un siglo que amenaza
ser bastante prosáico.

Querido amigo: Aún tengo
el dulzor en los labios
de la sabrosa *Fruta*
que envió de regalo.
La llama usted *del tiempo*,
y por eso no paso,
pues fruta de esa clase

no abunda en el mercado:
los vientos modernistas
la hielan en el árbol.

Jugosa y delicada
nos la servía antaño
en azafates de oro
el genio castellano,
que nunca recogía
la que cayó en el fango;
mas ésta que nos venden
modernos hortelanos,
bajo la piel grosera,
que ofende ya al olfato
y hace apartar los ojos
y es ofensiva al tacto,
en duras fibras guarda
sabor avinagrado,
y asoman muchas veces,
al mondarla, gusanos.
Huyó la gracia culta
del libro y del teatro.
No culpo a los copleros,
que ven, *pane lucrando*,
a mayor desvergüenza
mayor honra y aplauso;
sino a las nobles damas
que acuden a los palcos
y escuchan sonriendo
calembours incendiarios,

chuladas de taberna
y sucios dicharachos
que el rostro encenderían
de las que venden rábanos,
sin que en el suyo asome,
no ya el pudor, el asco...
Qué cosas hoy se dicen
con versos patizambos
al pie de fototipias,
elocuente reclamo
para los viejos verdes,
en esos semanarios!...
Del brazo ya caminan
la gloria y el escándalo,
y se trocó en palenque
de Augías el establo...

En fin, doblo la hoja,
pues de seguir, resbalo,
y huyendo de un ambiente
de miasmas cargado,
volviendo a abrir su libro
aspiro un aire sano.
En su cuidada frase
fulgura el chiste franco,
cual jerezano néctar
en vidrio veneciano.
Sabor, matiz, aroma,
todo en su *fruta* es grato:
madura está y destila

un delicioso bálsamo
que aplaca el más rebelde
humor hipocondríaco.
¡Oh bienhechora musa,
que agitas retozando
tus alas chispeantes,
tus cascabeles áureos,
y alegrando esta celda
de solterón chiflado
mi ceño desarrugas
con tus festivos cantos!
Tu immaculado *peplum*
deslumbra por lo blanco;
las orlas de tu veste
el lodo no ha manchado,
que no se crían lodos
en el vergel murciano,
y tu reir es noble
y tu gracejo es casto...

Pero el sermón observo
que va haciéndose largo;
y antes que me lo adviertan
los fieles bostezando,
me bajaré del púlpito
para estrechar su mano.
Dios quiera que su libro,
la vuelta al mundo dando,
vertido a otros idiomas
por vates inspirados

le traiga toneladas
(no todo ha de ser lauros)
de rublos, de chelines,
de liras y de marcos;
porque ganar pesetas
con versos no calcados
en el lozano estilo
de chulos y lacayos
es cosa sorprendente,
rayana en el milagro,
en esta pobre tierra
de toros y garbanzos.
Las gracias no le envío
pues parece un sarcasmo
que al padre de la gracia
se las dé un desgraciado.
Le abraza mentalmente
su amigo

GIL (RICARDO).

Posdata. — A mis queridos
Baquero y Tornel (ambos,
aunque de carnes recios,
de memoria muy flacos)
y a todos los que omito
por falta ya de espacio,
que como yo, en la sangre
suelen sentir a ratos
hormigüear el *cocus*

bacillus literario,
le ruego haga extensivo
mi fraternal abrazo. *

* «Diario de Murcia».

AL POETA Y CRÍTICO ICAZA

Querido amigo Icaza: Con gozo y pena
le envió por su libro la enhorabuena.
Con pena, si; su risa tal vez provoco;
pero, amigo, su libro me sabe a poco.

Lo olfateé con cierta glotonería
en un escaparate de librería:
de un aroma de trufas cedí al reclamo,
lo devoré con ansia y aún me relamo.

Yo no sé por qué es bueno, ni lo pregunto:
me gusta por la forma, por el asunto,
porque su autor revela dotes muy altas:
ignoro si la obra tiene o no faltas;

pero ante su belleza no fuera impropio
y repugnante el uso del microscopio...?

Con mis ojos miopes yo poco veo,
quisiera ver más claro, bien lo deseo,
y ante tal hermosura celos amargos
y egoistas me acosan pensando en Argos;

pero puedo admirarla y es lo bastante;
no quiero que la lente me la agigante,
pues con ella mis torpes ojos profanos
en el agua más clara verán gusanos.

Es el *Exámen* pomo de rica esencia,
de una esencia exquisita de inteligencia,
condensacion de aquella crítica pura
guia de toda buena literatura,

que igualmente de rancias preocupaciones
huye y de peligrosas innovaciones,
y dentro del divino cánon eterno
el oro viejo funde con el moderno.

Reducido es el pomo; pero contiene
de nuestro Siglo el alma (si es que la tiene).
Su libro, que Velazquez envidiaría,
de retratos que viven, es galería:

retratos colosales, grandes figuras
aunque por el tamaño son miniaturas.

Mezcla usted en su prosa que me fascina,
con la miel horaciana sal cervantina.

Criticando a los críticos es usted justo
y ha casado la ciencia con el buen gusto:
pero (y usted perdone mi atrevimiento)
la guirnalda tejida por su talento,

con tal arte, tal gracia, tales primores,
¿carecerá de espinas entre sus flores?
Quedó alguna entre ellas por un olvido?
Sabe usted si al tocarlas alguien se ha herido?

No lo digo por cierto varón prudente
en letras mejicanas sabio eminente,
pero algo atolondrado, que con su pluma
arañó al heredero de Moctezuma.

Y sin ser anarquista de nuevo cuño
lo suprimió del mapa. ¡Vaya un rasguño!
Pues al Inca ha arañado, no me disgusta
que arañen a don Justo: Cosa es muy justa.

Lo digo por las manos breves, suaves,
que tal vez recibieron heridas graves
y el coral a la nieve se mezcló en ellas,
manos al fin de dama blancas y bellas.

Bien vengado está el Inca; más la sangrienta
herida de la dama ¿quién no lamenta?

en fin estos percances son a mi juicio
los riesgos que se corren en el oficio.

Con que, mi enhorabuena señor Icaza,
(si es que para leerme tiene cachaza)
le doy una y mil veces que es muy sincera.
Entre la mucha gente que le venera,

habrá quien se la exprese con mayor arte,
no con mayor cariño. Punto y aparte.
Pido a Dios en mis rezos todos los días
que vayan acercándose las *Lejanías*;

y aunque impaciente siento delicia inmensa
al ver por los anuncios, que están en prensa,
con apetito ciego su libro aguardo.
Un abrazo reciba de Gil (Ricardo).

XXXVI

A JACOBO M. MARIN-BALDO

(EN UNA TARJETA POSTAL)

«**M**ancebo iluso que la lira pulsas,
si no quieres rimar trovas insulsas
ni que tu canto se asemeje al hipo,
inspírate en mi tipo,
en mi esbeltez de sugestivo expectro,
en mis glaucas pupilas
y encantos liliales... Si aún vacilas
coplero motilón, arroja el plectro».
Así te dice hablando con soltura
esta eclipsada estrella del teatro,
que bailó la cachucha el año cuatro
y a Godoy inspiraba calentura.

Sea de mi saludo portadora
y dígate que a su debida hora
recibi tu misiva, tu tarjeta
y una puesta de sol *deslumbradora*.
También trajo a su tiempo la estafeta
un Intermezo en lengua castellana,
revelación en prosa de un poeta. (1)
La voz es juvenil, fresca, lozana;
pero no la canción; hay en su tono
sin orgullosos retos, sin encono,
dejos de la amargura Bayroniana.
Ingenuo corazón que se resiste
al desencanto triste
deja volar *errantes sus ternuras*,
y errantes van cual aves que han perdido
el rumbo en el ambiente corrompido
del pantano buscando las alturas,
que el lodo no manchó para hacer nido.
Yo que no sé medir las obras de Arte
con las reglas al uso
sino con un metrónomo que puso
dentro del pecho Dios, no puedo hablarte
con el juicio del crítico sereno:
me hace sentir el libro, luego es bueno.
Yo no sé definir: aunque te rías
déjame que te esplique
lo que es en mi opinión la obra primera
de nuestro amigo Enrique:

(1) Alude el autor a Enrique Martí.

una *suite* cadenciosa, lastimera,
de vagas melodías
cantadas de la luna a los destellos
describiendo soñadas lejanías
que vela siempre misteriosa bruma...
Hacecillo de flores policrómo
atado con un rizo de cabellos
y regado con lágrimas... En suma
palabras que son notas... algo como
Heine y Chopín mezclados en un tomo.
¿No es así? Pues a mí me lo parece.
Y también te diré (no se lo digas)
que sus manos amigas
me han dado un pescozón... que no me escuece.
Cediendo a sus tendencias idealistas
y haciendo lo contrario que Orbaneja
ha pintado un retrato que atrás deja
a los más afamados retratistas.
¡Qué delicados tonos! Qué finura!
¡Qué luz deslumbradora se refleja
sobre aquella figura
de inspiración radiante!...
Es Homero? ¿Musset?... ¿Si será Dante?...
Obra es digna de aplauso y muy nutrido.
Mas, obra al fin del hombre,
tiene un defecto, falta el parecido.
Porque al frente del lienzo va mi nombre.
Y es un favor que puede hacerme daño.
Figúrate si alguna hermosa dama

que ante el cuadro fantástico se inflama
busca el original... ¡Qué desengaño!

Adiós

RICARDO GIL.

Final del año.

XXXVII

A PEPE BALERIOLA

SACERDOTE DE TÉMIS *

Témis es necia, mi querido Pepe,
y no te escandalice que la increpe,
pues la ves, con sus mismos sacerdotes
equivocando frenos,
cuando hay que repartir mimos y azotes,
mimar los malos y azotar los buenos.

Tan lenta es en premiar al varón probo,
que el premio llega a veces *in extremis*
o no llega jamás. ¡Cosas de Témis!
¡Cuán injusta contigo! ¡A cuánto bobo

* Con motivo de su nombramiento de magistrado de la Audiencia de Murcia.

cediste el paso en años ya pretéritos!...

Empero ya que recordó tus méritos
y tras el zarandeo y recios tumbos
con que ameniza pródiga el camino
de quien no tiene un Maura por padrino,
al país te reintegra de los chumbos,
no por ello la ultrajes ni la adules:
y en una de esas sillas magistrales
más o menos curules
quiebra el sueño en las siestas estivales,
mandando a Témis... a lavar pañales.

Gran deleite causóme la noticia;
grande fué, te lo juro por Heinecio.
Y cómo no, si nuestro mutuo aprecio,
nacido en la puericia,
magüer que no lo expresen pluma o lengua,
crece en razón que nuestra vida mengua?...

¡Oh, con cuánta delicia
tornado habrás al nido,
cuanto menos gozado más querido!
En él sorpresas gratas
te esperaban sin duda y sendas latas,
pues el murciano sabes
de antiguo que las da nada suaves;
pero en cambio, al cruzar esas callejas
(como antaño, con polvo a los tobillos)
rememorando irás historias viejas.

El Instituto allí!... Cuadros sencillos
de un tiempo tan feliz como remoto!...
Más allá el Malecón... Cuántos castillos

en el aire, que al fin el aire ha roto,
se fraguaron en él!... Más allá el Soto,
donde hiciste novillos...
La Glorieta... Las noches de Septiembre...
(permite a un carcamal que las remembre)
en que a la luz del gas, llevando *in peto* *
algún amor secreto
y algún proyecto, en el magín, de gloria,
mientras Mirete, de inmortal memoria,
bordaba el minuét de *Rigoletto*,
el incipiente bozo y la chistera
lucimos con rubor por vez primera...
Aquí *La Ilustración*... ¡Cuántos afanes
para ceñir coronas
tejidas por las manos delicadas
de las que fueron ¡ay! gráciles hadas
y ya son reverendas quintañonas!...
Allí fué la mansión de los Paganes...
Fulano y Castelar en sus salones
despertaban violentas emociones;
aún escucho el rumor de las palmadas
al describir *Fulano* con acierto
el Simeón (!!) que brama en el desierto...
Acullá te detiene embebecido
amable reja que imantó Cupido,
donde llena de encantos
y respirando el aura vespertina,

* Peto es con doble *t*; mas la Poesía
autoriza este error de Ortografía.

por el año (anteayer) setenta y tantos
a su José esperaba Josefina...

Tal vez la sombra a saludarte venga
de Don Olayo, el sabio circunspecto
de rasurada faz, de grave aspecto,
de alma infantil y de levita luenga...
Muchas otras vendrán... En tono triste
ya te escucho decir, mi buen amigo:
«¡Cuánto querido sér que ya no existe!...

¡Ay! yo también lo digo
cuando paso por Murcia... Pero toma
mi acento la quejumbre de la pena,
y no quiero escribirte sino en broma.

Por tu ascenso te doy la enhorabuena:
de viva voz te la daré solícito
cuando apriete el calor fundiendo bronces
y a Murcia, en busca de reposo lícito,
vaya, si en ella por mi bien te encuentro.

No me conocerás: soy el de entonces,
pero sólo por dentro.

Adefesio corrupto soy por fuera.

(Años, enfermedades y disgustos...)

Ya te lo advierto para ahorrarte sustos,
y para que al mirar mi estampa fiera
exclames con prudente cortesía:

—«Chico, qué bien estás! Nadie diría,
que los treinta cumpliste hace ya rato.»

Yo, que no soy ingrato,
como esta frase de placer me inunda
te diré satisfecho

lo mismo, aunque sospecho
ya que tu juventud es la segunda.

Lo ves? Torno a mortal melancolía.
Mi chiste siempre acaba en una queja.
Para llorar ¡oh dioses! he nacido.
*Bien triste con su voz me lo decía
la siniestra corneja...»*

etcétera, y adiós: he concluído.

Perdona, Pepe, mi latosa homilia;
del viejo amigo ausente
en el nombre saluda a tu familia,
y recibe indulgente
un abrazo, dos más; y diez; y veinte.

XXXVIII

A RICARDO SANCHEZ MADRIGAL

(LEYENDO «EL BOSQUE»)

En mi celda, carísimo tocayo,
viendo azotar la nieve de soslayo
la frontera pared de *los Luises*,
y sin más horizonte
que un menguado listón de nubes grises,
tu libro recibí.

Trasciende a monte.
Al abrirlo, se ha abierto una ventana,
y, oreando el ambiente,
mi calabozo inundan de repente
rayos de sol y brisa pura y sana.
Con ella vienen música lejana

de cimbradores pinos,
de agua que surte, de vivaces trinos,
y olores de tomillo y mejorana.

Con placer lo he leído y con tristeza.
La musa universal Naturaleza
en tus versos palpita, y los destellos
de su ingente belleza
con hábil pluma reflejaste en ellos.
Mas ¡ay!, no sólo sus encantos copia,
que también la movió cólera santa
de bien nacidos y de artistas propia.

¿No escuchará esa voz que se levanta
en defensa del árbol nuestro amigo,
quien bendice la mano que lo planta?

¡Oh! sí: la escucha; y en verdad te digo
que quien destruye codicioso y ciego
a nuestro bienhechor, encuentra luego
en su propio pecado su castigo.

Es ardua tu misión, pero no dudes,
tocayo, canta con la humana ciencia
las secretas virtudes
que en el árbol esconde la Divina:
ese aroma vital, sutil esencia
que deshace la fétida neblina
de la ciénaga y triunfa de la Muerte...
la misteriosa evocación que pára

en su curso a la nube voladora,
de su tesoro cristalino avara,
dulcemente la obliga, la enamora
y con las perlas que a su influjo vierte
en paraíso el arenal convierte...

La previsión revela con que ampara
los prados e indefenso caserío,
desde los elevados peñascales,
oponiendo a las aguas torrenciales
potente muro que sus iras venza:
y cómo, quebrantado ya su brío,
la que fuera corriente embravecida
en tenues hilos de cristal destrenza,
que llevan, serpeando en su caída,
no ya la destrucción, sino la vida...

Dígan sabios doctores
que de las plantas el lenguaje entienden,
para cuántos dolores
hay ocultos remedios salvadores
en esas verdes ramas, que se tienden
brindando, a los que sufren, el tributo
de sus hojas, sus flores y su fruto.

Narra, cantor, su clara ejecutoria.
Desde que al hombre, en lucha con el bruto,
dió la tosca ballesta primitiva
y al más débil, con ella, la victoria,
sus timbres suma, si sumarlos puedes...

No hiera, no, su tronco vil deseo
de lucro vergonzoso,
sino quien sepa dar a sus mercedes
con altos fines merecido empleo.

Busque sólo en el árbol generoso
sus nobles armas el progreso humano,
su báculo el anciano,
la infancia cuna que la madre vela,
sus aperos el rústico sencillo,
el genio de un Colón su carabela,
sus gloriosas estatuas un Salzillo.

Dí que su sangre en aromada gota
bendice el preste, la evapora el fuego,
y en blanca nube sobre el ara flota,
llevando a Dios, en su espiral, el ruego
del que en las sombras del destierro gime.
Y dí, para embotar el hacha aleve
que la codicia sin piedad esgrime,
que de un árbol también ¡árbol sublime!
la misma diestra que los orbes mueve
ha tallado la cruz que nos redime.

¿Quién no amará del árbol la hermosura,
su elegante contorno, su frescura,
el brillador esmalte, que varía
con la luz del matiz?... Al verle inquieto
palpitar en lo azul ¿quién no diría
que tiene un alma, imagen de la mía,

y a la tierra sujeto,
por el espacio remontarse ansía?...

Es vario como el mar.

Es armonía.

Cuando a brillar comiencen las estrellas
y el *Ángelus* con lentas vibraciones
aletea en las frondas, surge en ellas
un pausado susurro de oraciones...

Es en la tempestad arpa sonora
que al seco crepitar de las centellas
estalla en himno de cadencias graves;
y en primavera, al despuntar la aurora,
acompaña con voz arrulladora
el despertar alegre de las aves.

A la fe religiosa presta abrigo.
El bosque es templo...

¿Pero a qué fatigo
tu atención, si con frases más felices,
si en estilo más alto, más ameno
y más fáciles versos tú lo dices?

La humana ceguedad lloré contigo:
eco fuí de tu voz. Dios lo permita,
y al brotar, indignada, de tu seno,
el eco de otras almas la repita
como en las selvas el clamor del trueno.

¡Dichoso tú! Nacido para el Arte

y ardiendo en el amor que nunca muere
de la Naturaleza, Dios no quiso
del maternal regazo separarte,
y en él calmas tu sed inextinguible...
Sé, pues, su campeón: Él lo dispuso.

Yo también desde aquí, pobre recluso,
pensando en ella, entristecido, siento
de la ausencia el tormento
y el deseo tenaz de lo imposible...

Dichoso tú que al expirar el día
transcurrido en agreste serranía,
encontrarás en apacibles lares
calor de hogar y grata compañía;
y traduciendo en rimas los cantares
que a tu paso el pinar dejó en tu oído,
el eterno coloquio interrumpido
reanudarás entonces con la llama
de la crujiente rama
que amor enciende y que sostuvo el nido.

También hablan conmigo los despojos
de la rama crujiente...

Al verme viejo, y solo, y de mi frente
al contemplar el perdurable ceño,
decirme suelen los carbones rojos
con un rumor de sones apagados:

—«Ten paciencia; ya están labrando el leño
donde habrás de dormir con aquel sueño
tranquilo de los muertos olvidados...»

IDEAS SUELTAS

XXXIX

Recorriendo el museo, me detuve
con reverente asombro ante el prodigio:
en un pedazo de cristal de roca
frágil insecto contemplé cautivo.

El efímero sér, cuántas centurias
habitaba su espléndido palacio,
conservando el polvillo de sus alas,
de irisada aureola rodeado?...

Ensueños de un instante, mariposas
que cruzáis por el alma fugitivas,
quién pudiera también aprisionaros
en el cristal de luminosa rima!...

XL

Soñé que en brazos de un ángel
escalaba el alto cielo.
Sobre mi frente los soles;
la tierra a mis pies, muy lejos.

Claridad no presentida
y nunca oído concierto
con dulce embriaguez dejaban
sentidos y alma suspensos.

Desperté... Ví de tus ojos
la luz; escuché tu acento,
y sonreí... Fué más grato
el despertar que el ensueño.

XLI

¡Oh, si ella lo supiese!...
Te ruego, amiga mía,
que si a traición me viste,
por Dios, no se lo digas.

Junto al hogar durmióse
con plácida sonrisa,
y por robarla un beso
me acerqué de puntillas...

Que no lo sepa nunca!
Su cólera...

—No sigas.

Si es ella quien me ha dicho
que se fingió dormida!...

XLII

EN UN ABANICO

Durmió sobre tu seno recostado,
y su dulce calor aún no ha perdido.
Jugó con tu cabello ensortijado,
y aún guarda tu perfume preferido.
De tu menuda mano la caricia
siento al contacto del marfil suave.
Lo que al oído dices él lo sabe,
y a mí me lo repite con malicia.
Tus suspiros conserva en sus dobleces,
y cuenta a media voz que muchas veces,
sobre tus labios, por robarte un beso,
el ala desplegó de fina gasa...
No usaré tu abanico; te confieso
que su aire es fresco; pero a mí me abrasa.

XLIII

Por tu mano acariciada
ves temblar la sensitiva;
no te ofendas, niña hermosa,
pero teme tus caricias.

Porque nunca de una mano
sintió el roce ¡débil planta!
sin sufrir el dolor vivo
de las hojas arrancadas.

Por lo mismo que ella tiembla,
yo también, hermosa niña,
al contacto de tus labios
temblaría.

XLIV

Como la abeja en dulce miel transforma
el amargoso jugo de la adelfa
la virtud trueca en bien todos los males.
Quiera Dios, niña, que a vivir comienzas,
revelarte en un sueño
el secreto adorable de la abeja.

MENUDENCIA

Quiso al formarte Dios, en tu persona
tales gracias reunir y encantos tales
que no acababa nunca. Un angelito
le interrumpió: — «Señor, que se hace tarde».
Y entonces Dios, por acabar más pronto,
te hizo así menudita... No te enfades.

XLVI

¡Oh, tarjeta feliz... te llama un ángel
y te miro partir lleno de envidia.
Vuela... y deja en su oído una palabra
que haga soñar o arranque una sonrisa.
Pero si te pregunta si soy viejo,
por Dios, no se lo digas.

XLVII

Mudando de color dicen las nubes
antes que salga el sol: —«Ya viene el día»...
Antes que suene de tu puerta el timbre,
—«Ya viene aquél»... me dicen tus mejillas.

XLVIII

PARA JOSEFINA MARTÍ

Niña que a vivir empiezas,
cómo no amarás las rosas?
Mira, Dios las ha creado
para tí color de aurora.
Mas las purpúreas semejan
rosas con sangre regadas.
Niña, no son estas flores
para unas manos tan blancas.
Déjanoslas a los viejos;
tú su encanto no comprendes.
Dios enrojeció sus hojas
con rayos del sol poniente.

XLIX

Cuando pasa la brisa, llueven flores
de las flexibles ramas.

También llueven del alma del poeta
cuando algún ángel por su lado pasa.

Hoy que siento en el alma estremecida
de tus alas el roce,
maldigo la vejez... Las ramas secas
no pueden a tu paso arrojar flores.

Quando con la prima lettera
de la Republica
Tanto la Junta del
cuando el dia de
por un estado en el
de las
nuestro
no

L

A UNA ENMASCARADA

Con aquel impudor majestuoso
de las Venus de mármol,
vas de tus formas las rimadas líneas
luciendo en los salones y los palcos.

Tu talle ciñes tanto, y es tan poco
lo que tu escote sube,
que a veces oigo pronunciar tu nombre
ante algún lienzo del Ticiano o Rubens.

Todos dicen que vas mejor vestida
cuando vas más desnuda.
Los escultores copian de memoria
de tu garganta la elegante curva.

Cómplices tuyos son, no encubridores,
la seda que te oprime,
las piedras de color que dan al seno
blancura de gardenias y de cisnes.

Todo en tí es natural, nadie lo duda;
pero dicen en cambio
que es falsa la mirada de tus ojos,
que es falsa la sonrisa de tus labios.

Ante el cristal compones tu semblante,
estudias tus palabras y tus gestos...
Conserva el antifaz: el alma tuya
no vale lo que el cuerpo.

LI

A UNA

Tanto la seda ciñes
a tu cintura,
que de tu cuerpo marca
todas las curvas.
Al moverte, la tela
con gracia ondula,
publicando misterios
de tu hermosura.
Tus formas son perfectas,
nadie lo duda,
pues tu modista nada
las disimula;
y es tanta tu franqueza,
que alguien murmura

que cuando más te vistes
vas más desnuda.

Pero el alma a tus ojos
no asoma nunca
ni la ve en tus sonrisas
el que la busca.

Meditas tus palabras,
el gesto estudias
y un alma nos revelas
que no es la tuya.

No será como el cuerpo
cuando la ocultas!...

Febrero de 1899.

La Biblia no lo dice, pero a creer me inclino,
que cuando hablaron Eva y la serpiente
se inventó el abanico.

POSTAL DE ENCARGO

Hay en toda tarjeta de una hermosa
mujer desconocida
la atracción del misterio soberana,
la fuerza poderosa
que a buscar nos convida
en el cielo la estrella más lejana
y en el jardín la flor más escondida.

LIV

UN NOMBRE

Un nombre han pronunciado. Sonriente...
por mi memoria cruza su semblante...
En la profunda sombra velozmente
surge, brilla y se apaga estrella errante
dejando un rastro, en pos, resplandeciente.

Un nombre de mujer ha despertado
algo en mi corazón adormecido...
El viento de la tarde un delicado
olor de primavera me ha traído,
y entornando los ojos he soñado.

Un nombre escucho y en el alma flota

el eco de una voz distante y grata...
En el silencio de la noche brota
la música de alegre serenata
tanto más dulce cuanto más remota.

Con su nombre una historia resucita.
Me amó unas horas, me olvidó, y palpita
en él ese recuerdo que nos deja
astro que pasa, flor que se marchita
y alegre serenata que se aleja.

LA URNA

El corazón, al fin de la existencia
se parece a esas urnas cinceladas
que vuelven a la luz desenterradas
por raro azar o por curiosa ciencia.

Abiertas, de su fondo se desprende
tenue polvo de muertos, ayer vivo,
y un balsámico olor, que fugitivo,
buscando el cielo, por el aire asciende.

— «¿Qué hay en tu fondo, corazón cansado
que cinceló el dolor y resignado
ves cómo tu existencia se consume?»...

—«De cuanto el mundo ciego diviniza
guardo sólo un puñado de ceniza
y de un recuerdo el inmortal perfume».

LVI

LA COPA VACÍA

Dijo Fausto al Amor: — Llena mi copa
con tu néctar divino»;
y al apurarla descubrió en el fondo
las amargas heces del hastío.

A la Gloria rogó: — «Derrama en ella
tu vino más suave»;
pero el vino dejó sus labios secos,
porque era espuma y se deshizo en aire.

Contemplando la copa entristecido,
«¿No habrá, pensaba Fausto, quien la llene
de un agua pura que la sed extinga?»...
Y entonces — «Aquí estoy» — dijo la Muerte.

LVII

«EEspadero, el puñal que me vendiste
con el filo embotado te devuelvo;
no me ha servido; dame si lo tienes
mejor templado acero.

Dámele sin tardar: ella me espera
y en cuanto llegue a su presencia, temo
que arrojará jugando como siempre
traidor lazo a mi cuello.

Y mientras con sus manos delicadas
no lo desate, me tendrá sujeto,
riendo al ver que lucho por quebrarlo
con inútil empeño.

No quiero someterme a sus caprichos...

Otra daga, espadero...»

—«¿Y con qué ligaduras te sujetan
que embotan un puñal?» — «Con un cabello».

LVIII

Como paciente naturalista
guarda en su herbario plantas y flores,
y al enseñarlas, de cada una
nos dice el nombre,
Yo, cuantas flores cogí en mi vida
en otro herbario conservo muertas:
sobre sus tallos se ven escritos
nombres y fechas.
Y sobre alguna que todavía
derrama en torno punzante aroma,
junto a tu nombre se lee: — «Cuidado,
que es venenosa».

LIX

BATALLA DE FLORES

En alegre confusión
flores vienen, flores van: ...
aunque delicadas son,
algunas de ellas harán
sangre en más de un corazón.

LX

A UN TRANSVAALENSE

La luz del día cristalizando,
Dios el diamante sembró en tu suelo:
y otro diamante de luz más pura
que la del día guardó en tu pecho.

Vulgar codicia, que esos diamantes
robar intenta, y el suelo escarba,
es sorprendida por tí en las sombras,
y hunde en tus carnes su aguda garra.

Hoy, de tu pecho, que altivo alienta,
vemos filtrarse por las heridas

esos destellos de luz más pura
que la del día. *

* En el *Album artístico-literario* de la «Kermesse» que se celebró en Madrid a beneficio de los heridos boers (5, 6 y 7 de Mayo de 1900).

LXI

EN UN ALBUM

(QUE TIENE EN SU PORTADA EL RETRATO DE LA DUEÑA)

Te lo digo aunque moleste
tu modestia encantadora:
Album no existe, señora,
como éste.

Bajo la esculpida pasta
ví de Dios obra maestra,
y para juzgarle basta
con la muestra.

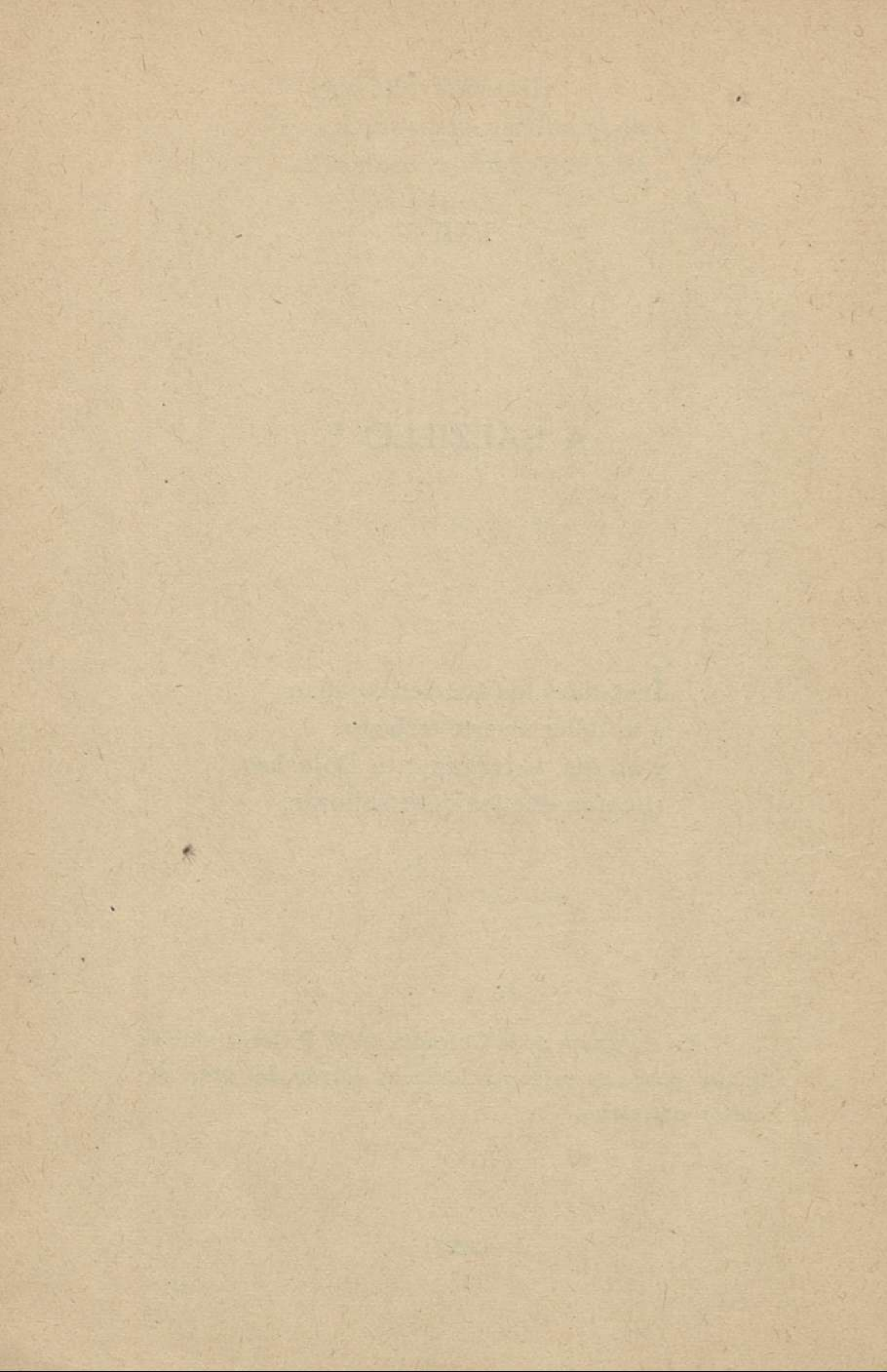
No temas que otro le iguale:

este libro sobresale
aunque nadie escriba nada.
Siempre valdrá lo que vale
la portada.

A SALZILLO *

Invisibles los ángeles bajaban
a tu taller a verte trabajar:
y un día, al terminar tu *Dolorosa*,
cuentan que los oíste sollozar.

* En el Album de la Cofradía de N. P. Jesús, que es la que tiene a su cargo los famosos *Pasos* del gran escultor murciano.



LXIII

Junto a la cuna hay un viejo
y él la mece.

¿En qué pensará el anciano.
tristemente?

¿Qué soñará la niña encantadora,
la dulce niña que en la cuna duerme?

LXIV

EL TROVADOR *

Ausente el ideal, queda la carne:
la carne sola, de gusanos cebo:
la pasión se transforma en apetito;
lo sublime en grotesco:
Hamlet, en contratista de consumos;
en Sancho el socarrón, Guzmán el Bueno;
Isabel de Segura, en *coupletista*;
y el trovador... en cerdo.

1907.

* En una postal con un cerdo tocando el arpa.

NOTAS NECROLÓGICAS

RICARDO GIL (1)

EN la primeras horas de la tarde falleció ayer en Madrid Ricardo Gil, uno de los pocos poetas verdaderamente grandes que quedaban en España después de la muerte de Campoamor y de Zorrilla.

Si su nombre no brilló ante la muchedumbre con el altísimo diapasón con que resueñan otros, que en el fondo no pasan de ser discretas medianías, debióse únicamente a que, enemigo del autobombo y del reclamo, de tertulias murmuradoras y camarillas literarias, trabajó en el silencio, más atento a la íntima satisfacción del trabajo que a las ridí-

(1) «A B C», 2 de Diciembre de 1907.

culas vanidades de la exhibición. Entusiasta del arte por el arte, no turbaron jamás su serenidad de artista honrado, ni la envidia de la gloria, ni la presunción del propio valer,

Sus dos libros, *De los Quince a los Treinta* y *La Caja de Música* se recordarán con admiración y con deleite siempre que se hable de poesía castellana. «Blanco y Negro» honró muchas veces sus columnas con los versos de Ricardo Gil.

Esta tarde a las cuatro será conducido su cadáver a la estación del Mediodía para trasladarlo a Murcia, donde recibirá sepultura.

¡Descanse en paz el inspiradísimo poeta y reciba su familia el testimonio muy sincero de nuestro gran pesar.

RICARDO GIL ⁽¹⁾

Hoy, a la una de la tarde, en su casa de la calle de Cedaceros, 14, ha muerto Ricardo Gil, el excelente poeta que ha enriquecido la poesía castellana con *La Caja de Música* y *De los Quince a los Treinta*, entre otros libros.

Víctima de una afección al hígado, ha dejado de existir, rodeado de su familia, a los cincuenta y dos años de edad.

No ha mucho tiempo, el inolvidable Eusebio Blasco, le dedicó una velada en el Ateneo, donde el poeta leyó sus mejores versos.

Colaboró en varios periódicos; pero lo que

⁽¹⁾ «Heraldo de Madrid». 1 Diciembre de 1907.

le consagró como poeta es su admirable libro *La Caja de Música*, caja que sonará siempre, mientras haya oídos que gusten de la rima y del ritmo castellanos.

Mañana, a las cuatro de la tarde, será su cadáver llevado a la estación del Mediodía, para ser conducido a Murcia, tierra de sus padres.

¡Descanse en paz el excelente poeta!

RICARDO GIL ⁽¹⁾

AYER murió Ricardo Gil. Fué un verdadero poeta y fué un hombre de bien. Sus versos eran melodía, paz, amor y nobleza; no fué su musa desgarrada ni heridora, sino sosegada, humilde y melancólica.

En las estrofas que nos deja queda su retrato; en ellas vivirá por mucho tiempo la dulce sentimentalidad y la conformidad serena de ese hombre que, desencantado de la vida, no se sabía quejar de ella.

Hizo dos libros admirables: *De los Quince a los Treinta* y *La Caja de Música*. De ambos nace un son suave que inunda el alma

(¹) «El Imparcial». 2 Diciembre 1907.

en el fervor del culto a la Belleza. Críticos como Federico Balart y Leopoldo Alas, dijeron que su autor, por el ritmo y por el pensamiento, era orgullo y honor de la Literatura española. Pero Ricardo Gil jamás se envaneció; vivió alejado de la turba intrigante y bullanguera, y siguió dando notas al aire desde su retiro plácido y humilde, como un ave que canta, no por ser oída, sino porque necesariamente ha de cantar.

A él debemos que dos obras bellísimas de Alfredo de Musset puedan ser leídas en un castellano terso, fluido, sonoro, lleno del lirismo con que escribió en lengua francesa el soñador excelso. Ricardo Gil tradujo de manera magistral «Contes et nouvelles» y «La Confesión de un Hijo del Siglo».

Hoy, a las cuatro de la tarde, será llevado su cadáver a la estación de Atocha para trasladarlo a Murcia.

La ciudad levantina—donde hace cincuenta y dos años había nacido el poeta—hará un recibimiento solemne a sus despojos; y en Madrid, los irán acompañando todos los artistas, todos los que con el poeta comulgaron en el amor al Ideal, porque de todos se hizo admirar y querer en su existencia de trabajo, de bondad y de arte.

RICARDO GIL (1)

ERA un poeta noble y profundamente poeta el que ayer murió en Madrid después de una vida casi esotérica, de artista exquisito, que escondía codicioso su amor con la musa.

Para este hombre que huyó toda exhibición de su persona y de sus obras, hay un lugar preeminente en las antologías de líricos españoles. Maestro y dominador de la forma, en la que no cedía a Nuñez de Arce, ponía al mismo tiempo un hondo sentir y un gran perfume de bondad y de amor en sus poesías.

Dos libros maestros deja, *De los Quince a los Treinta* y *La Caja de Música*. En el pri-

(1) «El Liberal». 2 Diciembre de 1907.

mero marcó lo que acusa el verdadero artista, la personalidad; y en el segundo, fué recibido en triunfo por los poetas y por los críticos, siendo «Clarín», que entonces era el terror de casi todo el mundo, quien primero y más alto aclamó al admirable poeta que llegaba.

Cincuenta y dos años tenía este hombre que vivió y murió como bueno.

Hoy por la tarde serán conducidos sus restos a la estación del Mediodía, para que la tierra murciana que le vió nacer guarde por siempre el cuerpo que tuvo un alma tan delicada y tan hermosa.

RICARDO GIL (1)

Hoy ha muerto en Madrid este ilustre poeta, este gran poeta, alejado de intrigas y de tertulias, fuerte en su aislamiento, al cual personalmente pocos conocían y por sus versos todos le admiraban.

Su fama no fué vocinglera, pero será sólida, y en todas las antologías de la poesía española figurará su nombre en lugar distinguidísimo.

Con Ruben Darío y Salvador Rueda formaba el triunvirato de nuestros grandes poetas actuales.

Pasará tan brillantemente por la gloria literaria como oscuramente pasó por la vida.

(1) «La Correspondencia de España». 1 de Diciembre de 1907.

Era un corazón bueno, un espíritu desencantado y un sentimental exquisito.

Dos libros deja: *De los Quince a los Treinta* y *La Caja de Música*. En ambos se refleja, vigorosamente una personalidad originalísima. Era un poeta que cincelaba el verso como ninguno: ni Nuñez de Arce le superó en este sentido. De sus versos transcendía, además, un divino perfume de ingenuidad, de bondad, de amor.

Nuestras columnas, se honraron a veces con versos suyos, cosa muy difícil, porque Ricardo Gil escribía para su propio santuario artístico y mostraba siempre un horror invencible a toda exhibición. ¿Era orgullo o modestia este alejamiento instintivo y constante de publicidad? Si fué modestia, nunca estuvo justificada. Si orgullo, supo disfrazarlo a maravilla, porque hablaba bien de todos los compañeros, cosa rara entre los escritores, y entregaba fácilmente el corazón a cuantos le trataban.

En el libro *De los Quince a los Treinta* había versos admirables, inolvidables,

Citaremos una poesía de las muchas tuyas que sabemos de memoria, no como la mejor sino como la más breve:

Amar al Ser Altísimo es orar,

Amar a nuestros padres es cumplir,
Amar a nuestro prójimo es sembrar,
Amar a las mujeres es mentir,
Amar a una mujer ¡eso es amar!..

El libro *La Caja de Música* consolidó su gran reputación. Balart y Clarín saludaron al autor como una de las figuras más insignes de nuestra moderna figura literaria. «Memento», «Náufragos», «El convidado de piedra», «Mariposas blancas», «El testamento de Friné», son joyas de valor inestimable. El triunfo del poeta fué inmenso. El aparentó desdeñarlo, Entre sus grandes virtudes tuvo esta de no brujulear, ni mendigar el aplauso fácil. ¡Qué raro caso en nuestros escritores! Para ser quien era, no necesitaba de ningún ajeno auxilio: le bastaba su propia obra.

He aquí un bellissimo soneto de Ricardo Gil:

¡Juramentos de amor! ¡Música vana,
no por sabida menos tentadora!...
¡De poco sirve que os ameis ahora,
si no jurais que os amareis mañana!
¿Que la insaciable voluntad humana
es tornadiza? La pasión lo ignora,
y desdeña el presente, soñadora
y por triunfar del porvenir se afana...
Laura: nuestra ventura necesita,
para desvanecer recelo amargo,

juramentos que abarquen lo futuro,
¡Que tu voz cadenciosa los repita
una vez, y otra y mil!... Y, sin embargo...
No creo en juramentos. Te lo juro.

* *
*

El insigne poeta nació en Murcia, y estaba próximo a cumplir los cincuenta y dos años.

Mañana, a las cuatro de la tarde, será llevado el cadáver a la estación de Atocha, para trasladarlo a Murcia.

INDICE

INDICE

Páginas

NARRACIONES

I	Requiescat	5
II	Divina fuerza	9
III	Soberbia	13
IV	Envidia.	17
V	Judit	21
VI	La manta	25
VII	Alma viuda	29
VIII	Cenizas	33
IX	Revelación.	37
X	Noche mil y dos.	41
XI	Milagro.	47
XII	El beso.	53
XIII	Dicha completa	57
XIV	Tierra ingrata	61
XV	Lobo de mar	65
XVI	Ruego de madre.	67

VARIA

XVII	El puente	73
XVIII	La risa del sátiro	77
XIX	Inutil.	83
XX	Desencanto.	87
XXI	Lamentos de Mimi	89
XXII	Apolo	93
XXIII	Poesía dedicada a la carroza de Apolo	99

MATER DOLOROSA

XXIV	Introducción	103
XXV	Mater dolorosa	105
XXVI	Traidores...	109
XXVII	Fragmento.	111
XXVIII	Verano.	113
XXIX	Al cantar el gallo	115
XXX	Memoratio	117
XXXI	Histórico	119
XXXII	Aniversario.	123

CARTAS INTIMAS

XXXIII	Al dueño del «Bazar Murciano»	129
XXXIV	A don Carlos Cano	131
XXXV	Al poeta y crítico Icaza	137
XXXVI	A Jacobo M. Marín-Baldo.	141
XXXVII	A Pepe Baleriola.	145
XXXVIII	A Ricardo Sánchez Madrigal.	151

IDEAS SUELTAS

XXXIX	Recorriendo el museo, me detuve.	161
-------	--	-----

	<u>Páginas</u>
XL Soñé que en brazos de un ángel	163
XLI ¡Oh, si ella lo supiese!	165
XLII En un abanico	167
XLIII Por tu mano acariciada.	169
XLIV Como la abeja en dulce miel transforma .	171
XLV Menudencia.	173
XLVI ¡Oh tarjeta feliz... te llama un ángel. .	175
XLVII Mudando de color dicen las nubes. . .	177
XLVIII Para Josefina Martí.	179
XLIX Cuando pasa la brisa, llueven flores. . .	181
L A una enmascarada.	183
LI A una	185
LII La Biblia no lo dice, pero a creer me inclino.	187
LIII Postal de encargo.	189
LIV Un hombre	191
LV La urna	193
LVI La copa vacía.	195
LVII «Espadero, el puñal que me vendiste. . .	197
LVIII Como paciente naturalista.	199
LIX Batalla de flores.	201
LX A un transvaalense.	203
LXI En un album.	285
LXII A Salzillo.	207
LXIII Junto a la cuna hay un viejo.	209
LXIV El trovador.	211

NOTAS NECROLÓGICAS

Ricardo Gil («A B C»).	215
Ricardo Gil («Heraldo de Madrid»).	217
Ricardo Gil («El Imparcial»)	219
Ricardo Gil («El Liberal»)	221
Ricardo Gil («La Correspondencia de España»). .	223

ERRATAS

<u>Páginas</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
9	<i>sentando</i>	Sentado
22	en lucha	en <i>la</i> lucha
33	<i>del</i> calendario	<i>el</i> calendario
116	naciones de ti	naciones <i>que</i> de ti
154	con la luz <i>de</i>	con la luz <i>del</i>
156	Dios no <i>quiso</i>	Dios no <i>quiere</i>

En la página 14, inmediatamente después del noveno verso, deben intercalarse estos dos:

Se escuchan cada vez menos lejanos
de rastreadoras hienas los aullidos;

*Terminó de imprimirse esta
Edición de las Obras com-
pletas de Ricardo Gil en
Murcia mes de Agosto
de 1931. Tipografía de
— San Francisco —*

